

¡Bienvenidas y bienvenidos al CURSO DE LOCUCIÓN DE RADIALISTAS!

Te ofrecemos un tutorial con 10 capítulos. Siguiéndolas paso a paso, estudiando los textos que presentamos, realizando las prácticas sugeridas, mejorarás tu voz y, sobre todo, tu forma de expresarte y de relacionarte con la audiencia.

Porque la locución no es asunto de cuerdas vocales. Es mucho, muchísimo más. Es un ejercicio de comunicación. Y cuando decimos comunicación estamos hablando de diálogo, de palabras que se dicen y que se escuchan, de contenidos que se comparten. La comunicación siempre es de doble vía. Por eso, este curso también podría llamarse de INTERLOCUCIÓN.

El tutorial se complementa con videoconferencias y un consultorio permanente con José Ignacio López Vigil, responsable de los textos, para resolver tus dudas. Al final, nos enviarás una muestra de audio y obtendrás el certificado correspondiente.

¿Estás listo? ¿Entusiasmada? Ánimo, valor... ¡y a comenzar!

Imagen de la portada: http://www.flickr.com/photos/daveyp/149366554/

Una producción de:

Radialistas Apasionadas y Apasionados

Radios Libres

Radioteca Red social de radialistas

ÍNDICE DEL CURSO:

CAPÍTULO 1: ¿TENGO VOZ RADIOFÓNICA?

Unidad 1.1: TODAS LAS VOCES

En los inicios de la radiodifusión, se cotizaban las voces elegantes, redondas, completas. Voces profundas para los hombres, cristalinas para las mujeres. El que no sacaba un trueno de la garganta, no servía para locutor. La que no tenía lengua de terciopelo, no servía para locutora. Y como la mayoría de los mortales tenemos una voz común, mediana, quedamos descalificados. Sólo unos pocos afortunados de las cuerdas vocales lograban hablar por el micrófono.

El problema es que cuando oímos por la radio esas voces tan divinas, las admiramos, hasta nos sentimos acomplejados ante ellas. Y esa fascinación no hace más que reforzar el viejo prejuicio de que la palabra pública es un privilegio de los grandes, de las bellas, de los personajes importantes.

Es hora de pinchar estas pompas de jabón. Recordemos a nuestros mejores amigos y amigas. ¿Son acaso los que disponen de un timbre de voz más brillante? Hagamos repaso de los líderes de opinión, los que arrastran gente. ¿Son tal vez los que muestran un mayor vozarrón? Cuando conversamos con alguien, no nos estamos fijando tanto en su voz, sino en lo que dice y en la gracia con que lo dice.

No existen “voces radiofónicas”. En la radio, como en la vida, hay sitio para todos los timbres y todas las formas de hablar. En una radio democrática todas las voces son bienvenidas. El asunto es ver cuál se acomoda mejor a uno u otro programa. Una voz aniñada, que puede ser muy útil para actuar en una novela, no pega para leer el editorial. Una voz muy gruesa no sonará bien conduciendo el espacio juvenil. Y esta cuña sensual no la grabaremos con aquella voz destemplada. Cada pájaro en su rama y cada voz en su formato.

Entonces, ¿cualquiera puede ser locutor o locutora? Casi cualquiera. Lógicamente, las voces muy nasales, o muy guturales, o demasiado chillonas, o tartamudas, no nos servirán para animar un programa. Pero ésas son las menos.

Si atendemos al funcionamiento de las cuerdas vocales, nueve de cada diez personas sirven para hablar detrás de un micrófono. Y ocho de cada nueve —quienes tenemos una voz común— estamos en mejores condiciones que aquellos pocos superdotados para establecer una relación de igual a igual con la gran mayoría de la audiencia, que habla tan comúnmente como nosotros.

Práctica 1: CUIDA TU INSTRUMENTO DE TRABAJO

En vez de obsesionarnos tanto por una linda voz, mejor haríamos en cuidar la única que tenemos.

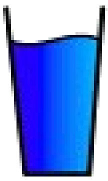
Un locutor o locutora que fuma equivale a un suicida laboral. Está arruinando su principal recurso no renovable: las cuerdas vocales.



Si tienes ese vicio, déjalo. Decídete. Sabes de sobra que el cigarrillo es pésimo. Si con este curso logras motivarte a dejarlo, RADIALISTAS estaríamos muy satisfechos.



El locutor o locutora es un atleta de la palabra. Igual que los deportistas, antes de la competición deberá abstenerse de muchas cosas gratas: helados y gaseosas, maní, chicles y otras chucherías que le empastan la voz. O de echarse los tragos, que le empasta la mente.



¿Cómo cuidar la garganta? La miel y el limón son excelentes, pero no antes de hablar ya que producen mucha saliva. Y hablando de carraspeos, para aclarar la voz basta un vaso de agua fresca.

Unidad 1.2.: VOCES AMIGABLES

Cuando abrimos un libro de locución, pensamos habernos equivocado de materia. ¿No será de anatomía? Páginas y más páginas, capítulos enteros hablando del diafragma, de la laringe, de la glotis y la epiglotis, del aparato fonador… Y después, ¿qué? ¿Será eso lo fundamental de la locución?

Muchos aspirantes a este oficio de la palabra, sugestionados por alguna publicidad, se matriculan en cursos caros donde, a más de dinero, gastan tiempo y paciencia en un entrenamiento que, por decir lo menos, resulta incompleto. Emplean horas y horas ejercitando la voz, impostándola. Se ponen delante del espejo a imitar a Pavarotti, proyectan las vocales, encogen la tripa, sacan el pecho, hacen como bocina de barco, ensayan un agudo de soprano…

Piensan que en un par de meses, tras esa gimnasia de pulmones, podrán graduarse como locutoras y locutores. Como si un carpintero lo fuera por haber aceitado el serrucho. Como si el auto hiciera al chofer o el hilo a la costurera.

Ciertamente, la voz, como a un niño, hay que educarla. Todo el aprendizaje para saber colocarla, para subir y bajar tonos, para aprovechar la caja de resonancia de nuestras fosas nasales, para saber respirar y controlar el aire, es bueno. Es magnífico. Lo malo es creerse que, al cabo de estas prácticas, ya somos locutores y locutoras.

Mariano Cebrián Herreros nos da una excelente pista para descubrir lo esencial de la locución moderna. Lee con atención este párrafo:

La voz radiofónica tradicional es una voz impostada, es decir, ejercitada para una emisión con resonancia. Ella le da esa 'pastosidad' que caracteriza las voces llamadas microfónicas. En la actualidad se busca más la voz viva, intensa, comunicativa, que la voz grandilocuente perfectamente emitida, pero distanciadora. La voz del locutor profesional ha estado excesivamente sometida a cánones perfeccionistas en busca de un estilo de dicción impoluta, pero ha provocado a la vez una frialdad comunicativa. Las nuevas maneras radiofónicas dan prioridad al estilo directo e informal, y a la vez cargado de fuerza expresiva por la vivencia que se pone en lo que se dice.

Información radiofónica, Madrid, 1995

Una emisora moderna —compañía antes que espectáculo— no necesita voces perfectas por la sencilla razón de que sus oyentes tampoco las tienen. En nuestros micrófonos, más que estrellas admirables, necesitamos amigos y amigas queribles.

Quien tenga linda voz, que la aproveche. Pero no llegará a ser buen locutor por ella, sino por su personalidad, por su energía interior.

Así pues, articula bien, pronuncia mejor, respira en su momento… pero recuerda que todo eso es el aperitivo de la locución. El plato fuerte es lo que vas a decir y las ganas de decirlo. La pasión que pones al hablar.

Práctica 2: ¿ASÍ HABLO YO?

Haz esta prueba: ponte a locutar y grábate durante algunos minutos.

Después, escúchate: ¿Es ésa tu voz? ¿O la estás falseando? Llama a un amigo sincero, a una amiga espontánea, y pregúntale:

¿Así hablo yo? ¿Suena falso, desfiguro la voz? ¿Estoy gritando? ¿Parezco inseguro, nerviosa? ¿Cómo me escuchas?

Unidad 1.3: LA MÁXIMA NATURALIDAD

Algunos colegas, sea por complejo de superioridad o de inferioridad (que, en el fondo, es el mismo complejo), después de años de práctica, no llegan a descubrir el más elemental e indispensable secreto locutoril: la naturalidad.

Si buscamos una comunicación familiar, cotidiana, una relación entre emisor-receptor que sea democrática, todos esos fingimientos resultan ridículos. Nadie habla así en su casa ni en una rueda de amigos. Esos tonos engolados se usaron a inicios de la radiodifusión, pero hoy están mandados a guardar. Resultan obsoletos y antipáticos.

Y lo peor es que estas locutoras y locutores tan creídos de sus bellas voces, por andar ensimismados, como los adolescentes, preguntan poco, leen menos y, una vez frente al micrófono, no tienen nada original que decir. A falta de nueces, hacen ruido. Afectan la voz, imaginando que así despertarán la admiración de los oyentes.

Solemnidad fatua, acartonamientos innecesarios que no hacen otra cosa que ridiculizar al locutor. Cada quien tiene el timbre que tiene y todas las voces suenan bonitas si transmiten alegría, vibraciones positivas.

Tenlo por seguro: la primera profesionalidad de un locutor o una locutora consiste en la máxima naturalidad de su voz.

Se trata de alcanzar un tono coloquial, fresco. Poner la voz en mangas de camisa, como decía un amigo colombiano. Olvidar que tenemos un micrófono delante para que el oyente pueda olvidar que le están hablando a través de un micrófono. El mejor locutor es quien no lo parece.

CAPÍTULO 2: ¿CÓMO DOMINAR LOS NERVIOS?

Unidad 2.1: COMO UN APETITOSO HELADO DE CHOCOLATE

Antes que la voz, debemos dominar los nervios. Hay que espantar estos fantasmas que entorpecen, como ningún otro, la comunicación.

Si lo pensamos bien, no existe ninguna razón válida para que una persona no logre expresarse con igual fluidez frente a un micrófono que ante un amigo. ¿De dónde nace el susto, entonces? ¿Cuál es la madre de todas las timideces?

El miedo al ridículo, no hay otra. La burla presentida, la mofa supuesta, la mueca de desprecio que creemos adivinar, la risa que hace pedazos la propia estima. En cuanto a la cobardía radiofónica, la causa es la misma, sólo que multiplicada.

Cuando salimos al aire, nos sentimos más expuestos, más vulnerables que en un grupo pequeño. Si metemos la pata, todo el mundo se enterarán. Si se nos lengua la traba, vendrá una rechifla masiva. A pesar de la soledad de la cabina, miles de orejas nos juzgan.

¿Te sientes atemorizado, nerviosa, cuando se acerca la hora del programa, cuando dan la señal para comenzar? El mejor camino para vencer el miedo es decidirse a vencerlo. ¿Qué hacer para controlar los nervios? Entra a cabina con mente positiva, cabeza erguida, pisando firme, con buena energía.

Respira profundamente tres o cuatro veces antes de empezar a hablar. Así oxigenarás todo tu organismo y te sentirás más relajado.

A muchas personas les ayuda tener algo en la mano para juguetear mientras hablan. Puede ser un bolígrafo, un palito, una moneda. O la piedra de tu signo zodiacal, como talismán de buena suerte. Funciona como una antenita por donde se escapan los nervios. Ahora bien, nada brinda mayor seguridad que saber bien lo que vamos a decir. Prepara tu programa, organiza tus ideas y… ¡adiós temblores!

En fin, olvídate de los nervios. La segunda vez te saldrá mejor que la primera. Y la tercera, mejor que la segunda. Todo es cuestión de práctica. Así, practicando y practicando, ganarás confianza y controlarás los nervios. Siempre estarán ahí, seguramente te provocarán un cosquilleo antes de comenzar a hablar. Pero ya no te anudarán la garganta ni te dejarán la mente en blanco.

En poco tiempo, le habrás “perdido el respeto” al micrófono. Ya no lo verás como una pistola que te encañona… sino como un apetitoso helado de chocolate.

Práctica 3: DESCUBRE Y ELIMINA TUS MULETILLAS

Cuando los nervios nos ganan, especialmente al hablar en público o por la radio, recurrimos inconscientemente a algunas palabras y las repetimos una y otra vez. Nos apoyamos en ellas como el inválido se apoya en las muletas para poder avanzar. Por eso, se llaman muletillas.

Algunas muletillas frecuentes:

— Entonces… entonces… entonces…
— ... o sea … o sea … o sea
— ... pues … pues … pues
— ... e ste … este … este
— ... ¿no?... ¿viste? ... ¿verdad?

A veces, una frase entera se reitera oportuna e inoportunamente, y se vuelve un muletón:

— ... por supuesto que sí... por supuesto que sí...
— ... como ustedes saben… como ustedes saben…
— ... en el mismo orden de cosas… en el mismo orden de cosas…

La lista es interminable. En realidad, cualquier palabra o expresión dicha muchas veces, se convierte en muletilla, en una especie de "tic nervioso del lenguaje".

Lo peor es que el público, en vez de atender a lo que estás diciendo, se distrae y se pone a sumar las impertinentes palabritas.

Como nadie se da cuenta de su propia muletilla, como viene a la lengua automáticamente cuando estás pensando en otra cosa, lo más práctico para eliminarla es preguntar a una amiga o un amigo cuál es la tuya. Graba tus programas, escúchalos y reconoce tu muletilla.

Toma conciencia de qué palabra estás repitiendo innecesariamente. Concéntrate y haz el propósito de no decirla nunca más. Cuando se te escape y te des cuenta de que se te ha escapado, ya estás a medio camino de resolver esta manía.

Unidad 2.2: INSPIRA, ESPIRA, RESPIRA

Buen número de problemas de locución se deben a la falta de aire. Es que nos hemos acostumbrado a respirar mal, apenas con la parte alta de los pulmones. En realidad, para una conversación común, donde las frases son naturalmente cortas, donde las repeticiones de uno mismo y las interrupciones del otro ofrecen suficientes pausas para tomar aliento, no hay mayor dificultad.

El lío comienza cuando un locutor o una locutora se enfrentan, solos, a un texto con frases largas y párrafos rotundos. Cuando tienen que hablar y leer y seguir hablando sin contar con ningún otro recurso que su propia voz.

Los bebés, sin haber estudiado locución, saben respirar bien, con toda la panza. Sus pulmones pequeñitos necesitan llenarse para oxigenar todo el cuerpo. En eso consiste la tan recomendada respiración diafragmática: utilizar al máximo nuestra capacidad pulmonar.

El diafragma separa el tórax del abdomen. Funciona automáticamente, como un fuelle bien regulado. Cuando inspiramos, este músculo se contrae, se aplana y permite la entrada del aire a los pulmones. Al revés, cuando el diafragma se afloja, botamos el aire convertido en anhídrido carbónico, espiramos.

Por eso, después de haber comido mucho, con el estómago repleto, tendremos dificultades para respirar. El diafragma no hallará cómo bajar y darle cabida al aire nuevo.

Igualmente, cuando estamos nerviosos, los músculos del diafragma se encuentran tensos, crispados, y tampoco permiten llenar los pulmones. Respiramos mal, apenas nos sale la voz. Y esto, a su vez, nos pone más nerviosos.

Venimos corriendo, desasosegados, angustiadas. Necesitamos mucho oxígeno para reponer el quemado durante el esfuerzo muscular. No nos alcanza lo que inspiramos por la nariz. Entonces, comenzamos a tragar aire por la boca. Además de escucharse feo a través del micrófono, estos jadeos nos impiden modular bien las frases.

Mientras hablas, inspira por la nariz. Y suelta el aire, poco a poco, por la boca. Si haces lo contrario, si inspiras por la boca, sonará como si estuvieras ahogándote. Por la nariz, normalmente, el aire no suena.

Práctica 4: ASPIRAR UNA FLOR Y SOPLAR UNA VELA

A continuación, tres ejercicios para mejorar tu respiración. Antes de comenzar cualquiera de ellos, controla la mente. Serénate. El mundo no se va a acabar todavía. Olvida ahora tus preocupaciones. Poco a poco, irás sintiendo que los músculos se aflojan. Ahora puedes comenzar los ejercicios.

Ejercicio de relajación

Inspira lentamente por la nariz, como si estuvieras disfrutando el perfume de una bella flor. A continuación, expulsa el aire por la boca como quien apaga una vela. Siente el aire recorriendo todo tu organismo, siente cómo se relaja cada músculo de tu cuerpo a medida que vas respirando de esta forma.

Este ejercicio te permitirá administrar mejor tu reserva de aire para poder colocar la voz, para terminar con buen volumen cada frase.

Ejercicio de fortalecimiento

Acuéstate en el piso boca arriba, con la columna recta, colocando un libro sobre el vientre. En esa posición, respira por la nariz, tratando de subir el libro lo más posible. Luego, bota el aire por la boca, poco a poco, contando mentalmente, hasta que el libro vuelva a su nivel inicial. Sigue inspirando y espirando, subiendo y bajando el libro, aumentando la cuenta lo más que puedas. Respira así unos minutos. Repite este ejercicio un par de veces al día. Te fortalecerá los músculos abdominales para controlar mejor la respiración.

Ejercicio de amplitud

De pie, inspira y espira muy lentamente. Al ritmo con que vas respirando, levanta los brazos al nivel de los hombros. Bájalos lentamente a medida que botas el aire. Siente como si fueras volando. Cierra los ojos, concéntrate. Vuela con la imaginación. Emplea cinco minutos en esta práctica.

Además de ser muy relajantes, estos ejercicios nos ayudan a colocar la voz y a mejorar la locución.

CAPÍTULO 3: EL MICRÓFONO NO MUERDE

Unidad 3.1: SENTIRSE Y SENTARSE BIEN

Llegó el momento de entrar a cabina. El bombillito rojo "en el aire" se ha encendido. Es hora de hablar. ¿Cómo acometer el desafío de la palabra?

Lo primero, sentirse bien. Olvida tus preocupaciones personales. ¿Peleaste con el novio, te esperan las facturas del teléfono y la luz, tienes diez kilos más de peso, te robaron el carro, te duelen las tripas? Al público no le interesa nada de eso.

Cuando entres a cabina, deja fuera, engavetadas, tus preocupaciones. Desconéctate. Concéntrate en tu trabajo. Y comienza a hablar como si acabaras de ganar la lotería. Eso es profesionalismo.

Si estás de mal genio, reconcíliate contigo mismo. Controla tus sentimientos. Porque ellos se transmiten a través del hilo mágico de la voz. Si estás triste, tu público se entristecerá. Si estás alegre, se alegrará. Si estás frío, enfriarás a quienes te escuchan. Si cansada, salpicarás cansancio a tu audiencia.

Llénate de energía positiva. Cárgate de entusiasmo. Ponte pilas nuevas. Aunque no tengas muchas ganas de hablar, repite para tus adentros: *Quiero conversar. Me cae bien la gente. Amo a mi público.*

Y lo segundo, sentarse bien. Si estás al borde de la silla, la voz te saldrá nerviosa, insegura. Si estás doblado hacia delante, la voz te saldrá también doblada, tendrás problemas para respirar. Si estás retorcida, también tendrás problemas de respiración. Y si te descuidas, se te retorcerán las ideas. Si estás repantigado, descolgado hacia atrás, la voz te saldrá dormida, sin fuerza.

Siéntate bien. Acerca la silla. Espalda recta, pecho bien levantado. Mirada al frente. Descansa las manos sobre la mesa. Colócate bien frente al micrófono.

¿Tienes corbata? Aflójala, para que puedas respirar bien. ¿Tienes sostén? También aflójalo, para que te sientas cómoda. Sueltos los cinturones, sueltos los bluyines que oprimen la panza. Que tu cuerpo esté tan relajado como tu mente.

Respira bien. Relájate. Experimenta cómo el aire fresco ventila hasta el último rincón de tu cuerpo, desde la coronilla hasta el dedo gordo del pie.

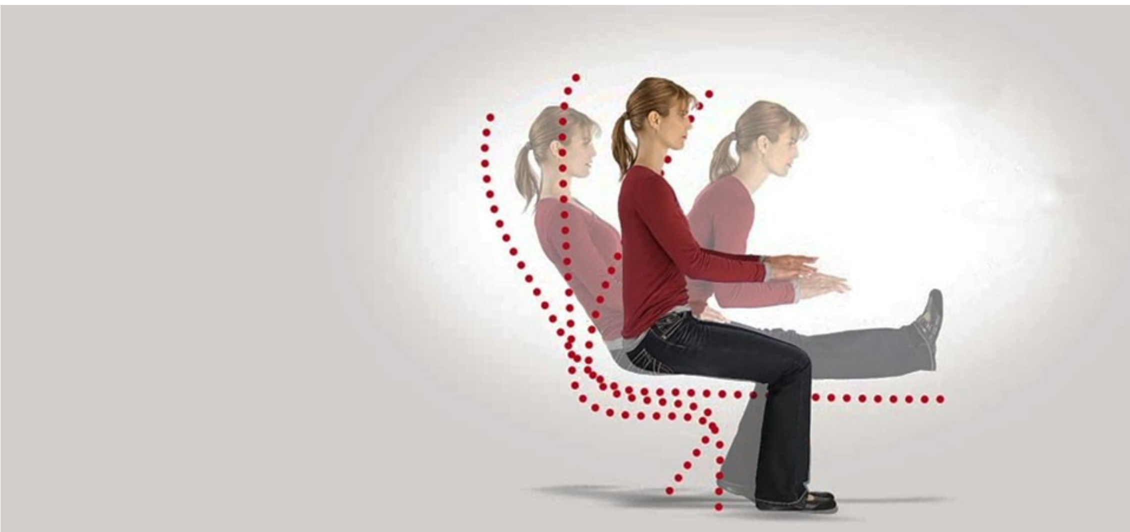
Siéntete bien. Siéntate bien. Y echa a volar tus palabras.

Práctica 5: FRENTE AL MICRÓFONO

¿Con cuál de estas caras sueles entrar a cabina?



¿Cómo te sientas cuando estás locutando en la cabina?



Unidad 3.2: ESQUIOFRENIA RADIOFÓNICA

En pocos minutos comenzará la radiorevista. Paola y Julián, los conductores, hablan animadamente en el pasillo. Se ríen con el último chiste, se cuentan la película que vieron el fin de semana.

Ahora entran a cabina. Julián carraspea, Paola ordena los papeles. El técnico levanta la mano y da la señal de comenzar.

> *JULIÁN Buenos días, amables radioescuchas. Una vez más llegamos a sus hogares para acompañarles durante las próximas tres horas…*

Julián habla ceremonioso, circunspecto. Paola adopta el mismo tono formal y severo:

> *PAOLA En el programa de hoy brindaremos variados temas de su interés…*

¿Qué pasó? Antes de entrar a cabina, Paola y Julián eran dos jóvenes alegres, pícaros, chéveres. Detrás del micrófono, cambiaron totalmente. Se pusieron serios. Olvidaron la frescura y la sabrosura de la vida.

Estamos ante un caso frecuente de doble personalidad, de *esquizofrenia radiofónica*. Sus síntomas son esa cara de palo, esa mirada sin brillo, ese tono mo-nó-to-no.

Dicho desequilibrio no es exclusivo de la radio. Se da también en los otros medios de comunicación. Se repite hasta el cansancio en cursos, seminarios, encuentros, conversatorios y demás espacios intelectuales.

Nadie ríe. Los ponentes mantienen una falsa solemnidad. Las expositoras fruncen el ceño y leen ponderadamente. Presentadores y oradores compiten en aburrimiento.

¿De dónde procede esta enfermedad, qué microbio la produce?

Es un virus antiguo. Se contagia en las escuelas, las universidades, en las iglesias y partidos políticos, en las reuniones de adultos.

Quien ríe pierde autoridad, nos enseñaron. Por eso, los maestros y los jefes no se permiten siquiera una sonrisa. Mientras más doctorados y títulos ostenten, más acartonados hablarán.

Este tono triste y gris oculta una gran arrogancia. ¿Cómo yo, siendo licenciado, siendo directora, voy a ponerme de igual a igual con el público?

Libera la palabra, compañero. Deja a un lado los papeles, compañera. Llénate de entusiasmo y corre el riesgo de hablar y de reír.

Antes de comenzar el programa, la charla o el discurso, piensa en tu público. Imagínalos, si estás en cabina. Míralos, si los tienes delante. Te quieren, te están sonriendo. Y esperan pasarla bien escuchándote.

La esquizofrenia radiofónica tiene cura. Una de las mejores vacunas contra ella la aplicaron en una emisora dominicana.

A Paola y Julián les habían grabado su radiorevista de tres horas. Cuando terminaron, el director los llamó y los encerró en un salón para que se escucharan.

DIRECTOR En tres horas vuelvo… ¡Que se diviertan!

Práctica 6: EVALÚA TU LOCUCIÓN

Haz exactamente lo mismo que el director dominicano. Graba todo tu programa (o si no tienes programa, una hora de locución) y después te sientas a escucharlo. ¿Te aburres? ¿Te resulta divertido? ¿Por qué te cansa tu forma de hablar? ¿Cómo sospechas que te escucharán los demás? ¿Llegarán al final del programa o cambiarán de estación?

Unidad 3.3: NO TE TOMES TAN EN SERIO

La gente prende la radio para distraerse, para alegrarse la vida. Tenemos tantos problemas encima que necesitamos reírnos para poder sobrellevarlos. Si sale una locutora seria y fría, lo más probable es que cambiemos el dial y busquemos otra estación. Si aparece un locutor acartonado, con vocación de sepulturero, los oyentes se aburrirán a los pocos segundos. El público no suele ser masoquista.

Hay que aprender a reírse ante el micrófono. Por supuesto, cuando el tema que estamos tratando lo permita. (¡No vamos a carcajearnos después de la noticia de un desastre!). Pero la mayoría de las veces, cuando estamos saludando a alguien o poniendo un disco, cuando comentamos asuntos de la vida cotidiana, hay lugar para la risa, para la chispa y la picardía.

¿Cómo remediar nuestra seriedad ante el micrófono? Cambiando de actitud. Mientras te sigas tomando tan en serio, mientras te creas tan importante porque tienes un micrófono en la mano, no podrás transmitir alegría a nadie. Porque la alegría sincera nace de un sentimiento democrático, de no sentirse superior (ni inferior) a los demás.

Deja ya el engolamiento y el ceño fruncido. Lo primero es sonreír. Aunque no tengas ganas, sonríe. Verás que tu voz saldrá más alegre por el micrófono.

Lo segundo es reír. Que suene tu risa por el micrófono. Atrévete. Te sentirás más feliz y contagiarás tu buen humor a la audiencia.

Práctica 6: ¿TE RÍES ANTE EL MICRÓFONO?

En el programa de hoy, ¿cuántas veces te reíste? ¿Muchas, pocas, nunca? Saca la cuenta. Y saca las conclusiones.

CAPÍTULO 4: EDUCACIÓN DE LA VOZ

Unidad 4.1: ARTICULACIÓN

¿A qué llamamos "buena articulación"? A la pronunciación clara de las palabras. Que los demás puedan oír y distinguir bien todo lo que decimos.

Por costumbre o pereza, algunas personas hablan con la boca muy cerrada, casi sin mover los labios. Otros, por timidez, adoptan un tono muy bajo y apenas se entiende lo que dicen.

Levanta la cara, limpia tu garganta, abre bien la boca. Igual que el músico, el locutor o la locutora afinan su instrumento antes de tocarlo, para que el público no pierda una sola nota de su sinfonía.

Práctica 7: MEJORAR LA ARTICULACIÓN

Ejercicio 1

Muerde un lápiz, como si tuvieras un freno de caballo en la boca. En esa posición, ponte a leer un periódico. Haz este ejercicio durante cinco minutos. Verás cómo vas aflojando todos los músculos de la cara.

Ejercicio 2

Toma un libro y ponte a leer en voz alta, lentamente y silabeando:

Cuan-do-el-co-ro-nel-Au-re-lia-no-Buen-dí-a…

Avanza algunos párrafos así, exagerando la lectura, como haciendo muecas para hablar. Luego, silabea más rápido, asegurándote que pronuncias cada una de las letras de cada palabra.

Unidad 4.2: DICCIÓN

La "buena dicción" es otra cosa. Se refiere a la exacta pronunciación de todas las letras y las palabras. La articulación se refiere a la claridad. Ahora hablamos de la corrección.

No hay que apelar a la popularidad de la emisora ni a la coloquialidad del lenguaje radiofónico para machacar el idioma. En un sociodrama no importa, porque estamos reflejando nuestra manera de hablar cotidiana. En una entrevista, el entrevistado puede hablar como le venga en gana, mientras no ofenda. Pero para conducir una revista o un informativo, los locutores y locutoras deberán esforzarse en pronunciar bien.

Práctica 8: MEJORAR LA DICCIÓN

Ejercicio 1

Los trabalenguas son muy útiles. Busca uno con letras incómodas para ti. Por ejemplo, si tienes problema con las "erres", practica el consabido "erre con erre cigarro, erre con erre barril, rápido corren los carros siguiendo la línea del ferrocarril". Pronúncialo dos, cuatro, ocho, dieciséis veces... ¡hasta que la lengua te obedezca!

En las medicinas tienes otro estupendo ejercicio de dicción. Lee esos papelitos de letra pequeña donde vienen escritas las enredadas fórmulas químicas. ¡O imita a Mary Poppins cuando enseñaba a cantar aquello de SUPERCALIFRAGILISTICOESPIRALIDOSO!

Ejercicio 2

Un error de dicción muy frecuente son las LETRAS COMIDAS O AÑADIDAS.

Por ejemplo:

-Comerse las "eses":
Lo paíse del Caribe viven tranquilo junto al mar.

-Comerse las "erres:
Hay que vela para poder imaginala.

Otro error frecuente son las LETRAS CAMBIADAS.

Por ejemplo:

-La "r" por la "l":
Recoldal es volvel a vivil.

-O al revés, la "l" por la "r":
Tengo la tripa revuerta.

-Cambiar la "b" por la "c":
Octuve la licencia con acsoluta seguridad.

-Cambiar la "c" por la "p":
El deporte me mantiene aptivo.

Revisa tu pronunciación. Y corrígela delante de un amigo o amiga que te señale los errores.

Ejercicio 3

También están las palabras mal dichas. Señalemos unas cuantas bien frecuentes:

-*haiga* en vez de *haya*
-*hubieron* en vez de *hubo*
-*suidad* en vez de *ciudad*
-*satisfació* en vez de *satisfizo*
-*fuistes* en vez de *fuiste*
-*naiden* en vez de *nadie*
-*Grabiel* en vez de *Gabriel*

Pregúntale a un colega que sepa cuáles son las palabras que dices mal. Y oblígate a decirlas bien.

Ejercicio 4

¿Qué hacer con los nombres o palabras en otros idiomas? El mejor camino es preguntarle a algún colega que sepa decirlas correctamente.

Pronuncia con naturalidad, no queriéndote hacer el gringo o el francés. ¡Se te reirán en castellano!

Unidad 4.3: FRICATEAR LA V

Hay escuelas de locución donde te enseñan a diferenciar la B y la V. También algunos cantantes pronuncian distinto estas dos letras.

En latín, la B y la V representaban dos sonidos diferentes y se escribían también diferentes. Como el idioma español viene del latín, se mantuvieron por tradición ambas letras. Se siguieron escribiendo distinto, pero se hablaban igual. La pronunciación fricativa de la V no ha existido nunca en el idioma de Cervantes.

En España, valencianos y catalanes "fricatean" la V corta por influencia de sus lenguas regionales que sí distinguen las dos letras. También en América Latina, por influjo de algunas lenguas indígenas, se da espontáneamente esa diferencia de pronunciación.

Pero en el resto de los casos, sería un error ponerse a pronunciarlas distinto. Desde 1911, la gramática de la Real Academia aclara que no hay que diferenciarlas. Y el famoso diccionario de María Moliner dice textualmente: La V no se pronuncia en español con el sonido labiodental que tiene en otros idiomas, sino exactamente con el mismo sonido de la B. No solamente no se considera falta hacerlo así, sino que los gramáticos insisten en tildar de pedantería la pronunciación labiodental de esta letra.

Pero, entonces, ¿por qué locutores y cantantes se empeñan en distinguir estas dos letras? Tal vez se sienten importantes haciéndolo. O acaso, como en francés, inglés y portugués sí se distinguen estos sonidos, piensan que lo mismo debería hacerse en español.

Se equivocan. No debe hacerse. Ni en España ni en ningún país de América Latina hay que distinguir la V de la B.

Unidad 4.4: ¿HABLAR O ESCUCHARSE?

Fíjese en este locutor: cierra los ojos y se lleva una manito a la oreja formando una especie de auricular natural. ¿A quién le estará hablando? El mismo se delata: a nadie. Se está escuchando a sí mismo, establece un cortocircuito de su boca a su oído, sin llegar a ninguna parte. Se recrea en su propia voz.

Estos colegas hablan ante el micrófono, no con la gente. La desconexión es tan notoria que, muchas veces, olvidándose de los oyentes, se refieren a ellos en tercera persona:

> *Tal vez los radioescuchas comprendan que...*

Pero, ¿a quiénes estará hablando si no es a los radioescuchas? Esta distracción revela el desinterés del emisor y enfría completamente la relación con la audiencia. Como si yo, frente a usted, dijera esta frase: *Tal vez él piense que...* ¡Pero él es usted!

Locutor o locutora no es quien habla, sino quien logra el contacto, quien establece la comunicación con el otro, quien se hace escuchar. Una palabra al viento, una señal de sonido sin nadie que la reciba, equivale al silencio. Peor aún, al ruido. ¿De qué vale enviar una carta con un bonito remitente pero sin destinatario?

Un problema de los radialistas es que hablamos a ciegas. En la cabina, frecuentemente, no hay un alma. Colocados frente a un vidrio, que para algunos termina convirtiéndose en espejo, corremos el riesgo de acabar monologando, hablando solos, como los locos. Así como el oyente ve con su imaginación, el locutor y la locutora deben entrenar su imaginación para ver al oyente. Para presentirlo en su casa, en su trabajo, en los lugares desde nos sintonizan. Una locutora de Radio Cutivalú, en Piura, para no olvidar la recomendación, iba a su programa mañanero con una colección de fotos y se las ponía delante durante todo el programa: una campesina atizando el fogón, un viejo pescador con su pipa, un mocoso empujando el pieajeno, un abuelo con su sombrero de paja y su mate de chicha. Y les hablaba a ellas, a ellos. Y a través de esos rostros de papel, llegaba a miles y miles de radioescuchas.

Práctica 9: ¿CÓMO TE DIRIGES A LA AUDIENCIA?

Graba un programa tuyo y revísalo. ¿Cómo te diriges a la audiencia, en segunda o en tercera persona?

Anota también cuántas veces interpelas a la audiencia con una pregunta, cuántas veces requieres, solicitas, desafías, pides, cuestionas, exhortas, reclamas, demandas algo a quienes te escuchan. ¿Estás echando palabras al aire o hablando con gente?

Unidad 4.5: MASIVAMENTE INDIVIDAL

Compramos el boleto y vamos el domingo al fútbol. En las graderías, una multitud vocifera los goles, chilla contra el árbitro, hace olas, brinca, se enardece con la victoria inminente. Habíamos llegado desanimados por el último pleito con el jefe. Pero una vez en medio del gentío, se nos contagia la euforia general. Aplaudimos cuando todos aplauden, reímos y maldecimos cuando todos lo hacen. Las emociones se transmiten de unos a otras como corrientes eléctricas, las opiniones sobre el partido se forman colectivamente, se condicionan por lo que dicen quienes nos rodean. Vivimos una verdadera comunicación de masas.

Nada semejante a lo que experimentamos al día siguiente, cuando nos levantamos y sintonizamos nuestra emisora favorita. Tal vez estamos solos, tal vez acompañados. En cualquier caso, la voz del locutor o de la locutora se dirige a mí, me habla en segunda persona, me interpela. A veces, la comunicación radiofónica se vuelve tan individualizada entre el locutor y un oyente que llama que más parece un teléfono al aire libre.

Y sin embargo, nos hemos acostumbrado a decir que la radio es un medio masivo. ¿Por qué, en qué sentido masivo? Porque se dirige a muchos, a miles de oyentes se les ofrece el mismo programa. De acuerdo, la emisión es masiva. Pero el consumo no lo es. Y en eso estriba la diferencia. Es cierto que todavía hay comunidades rurales o indígenas donde la radio se escucha en grupo, incluso en la plaza del pueblito, con los parroquianos reunidos en torno a los parlantes. De esta manera se escuchaba antes, en tiempos de nuestros abuelos. Pero la tendencia, provocada por la aparición de la televisión y de los equipos transistorizados, ha sido a personalizar cada vez más la audición.

La confusión de planos —oferta masiva, consumo individual— puede llevarnos a grandes equívocos. ¿A quién hablamos cuando hablamos por radio? ¿A una muchedumbre? La verdad es que no sabemos a quiénes ni a cuántos nos estamos dirigiendo. Nunca lo sabremos con exactitud. En el estadio, se pueden contar los boletos. Y los oyentes, ¿cómo los contamos? Ni aun disponiendo del mejor medidor de ratings, ¿quién nos asegura que inmediatamente después de la última encuesta gran parte del público no apagó sus aparatos, aburrido ya de nuestro rollo? ¿Y si ahora que estamos al aire nadie estuviera sintonizándonos? Por suerte, un telefonazo inesperado conjura el vértigo de nuestra soledad locutoril: *¡Hola, soy una fiel oyente de tu programa...!*

Supongamos que tenemos una gran audiencia, comprobada o intuida. ¿Qué cambia esto? Porque esos miles de oyentes no están juntos, no se hallan reunidos en un lugar común para escucharnos. Ciertamente, cuando oímos el partido de fútbol a través de la radio, nos imaginamos la multitud y vibramos a la distancia con ella. En esos momentos, la radio vuelve a ser espectáculo, como hace unas décadas, y no es casual que sintamos ganas de salir corriendo donde los vecinos para compartir con ellos el fervor colectivo. Pero el estado habitual del radioescucha no es ése. La recepción de la música, de las noticias, de los mismos comerciales y hasta de los espacios dramatizados se ha ido

individualizando, alcanzando niveles más íntimos que ningún otro medio de comunicación social.

Ahora, ¡ábrete sésamo! De lo dicho, se desprende uno de los más preciados secretos de nuestro oficio, santo y seña de la locución perspicaz: cuando hablas por radio, no te estás dirigiendo a una multitud, ni siquiera a un grupo. Te diriges a Luis. A Luisa. A una persona. A un amigo desconocido de plena confianza. A una amiga que desde algún lugar remoto te está escuchando a ti. La radio se ha vuelto diálogo, charla privada a la luz pública. No es discurso ante un auditorio ni declamación ante palcos repletos. En radio, conversar es el arte.

A partir de esto, algunos autores recomiendan el empleo exclusivo del singular en la locución radiofónica. Sería una antipática exageración. La mejor constatación de este error consiste en grabar una conversación cotidiana:

> *No, Micaela, ese champú no sirve de nada. Ustedes se lo ponen por presumidas, pero fíjate cómo te está horquillando el pelo. ¿No lo crees? Pues todas mis vecinas lo saben. ¡Es que nos quieren vender cualquier basura con el cuento de aparecer modernas!*

En este párrafo, nuestra amiga salta del singular al plural, de la primera a la segunda persona. (La tercera se reserva para las ausentes). Así hablamos normalmente. Y es natural que así sea, porque Micaela es Micaela. Pero también es secretaria. Y es vecina. Y es clienta de la peluquería. Y es novia. Y es colombiana. Y... en cada dimensión se mezclan singularidades y pluralidades, yo y mis circunstancias. En radio, vale aclararlo, nos dirigimos a una sola persona, no a una persona sola.

Es por esto que los buenos animadores y animadoras abren sus radiorevistas con saludos colectivos y mantienen un juego de plurales y singulares a lo largo de todo el programa. Los comentaristas políticos y deportivos hacen otro tanto.

Ahora bien, se trata de personalizar al receptor y también al emisor. Es decir, el locutor o la animadora de un programa de radio tienen nombre y carácter, tienen familia y humores, se pueden enfermar, se ríen, cuentan sus anécdotas, establecen complicidades con el público. Las voces sin rostro no crean lazos de amistad ni credibilidad.

Es curioso cómo la gente suele recordar más el nombre del conductor que el de su espacio. *El programa donde habla fulano,* se suele decir. Y ello resulta de la dinámica interpersonal que pretendemos lograr en la comunicación radiofónica. Siempre se corren riesgos cuando el locutor, como aquel de la manito en la oreja, comienza a pensar más en su voz que en su palabra, más en sí mismo que en sus oyentes. Pero si malo es el vedetismo, peor resulta el anonimato.

Unidad 4.6: UNA VICTORIA COMPARTIDA

En la radio, no contamos con imágenes. Tampoco podemos mirar a los ojos a los oyentes. No tenemos olores ni sabores. Para captar al público sólo disponemos de la voz.

¡La voz! Ahora no nos referimos al timbre de voz, sino a la entonación con que emitimos las palabras.

Hay palabras muertas, que se dicen por decir, que salen frías de la boca del emisor y llegan heladas a los oídos del receptor.

Y hay palabras vivas, calientes, que transmiten emociones, que atrapan a los radioescuchas, que van cargadas de pasión.

¿Dónde está el truco? ¿En qué radica la diferencia? En la modulación de la voz.

Modular es jugar con los tonos, subirlos, bajarlos, cambiar el ritmo, apresurar esta frase, relentizar la otra, enfatizar las palabras más importantes y hacer la pausa oportuna. La buena modulación transforma un discurso mo-nó-to-no en una conversación cautivante.

Lo fundamental para la buena modulación es la convicción interior: creer en lo que dices y querer decirlo a alguien. Si hablas porque ahora te toca el programa, a los pocos minutos el público descubrirá la moneda falsa, la palabra hueca. Eso se siente, se intuye. Aunque gesticules, si no tienes confianza en ti y en lo que estás diciendo, no convencerás a nadie.

Ahora bien, no hay que diplomarse para adquirir la convicción. Cualquier chofer a quien le choquen el carro, saltará a la calle y lanzará una arenga inflamada demostrando su inocencia.

No se trata de gritar. El micrófono no es sordo y la cabina no es el mercado. Habla en volumen normal, pero con energía, cargando de intención y emoción las palabras. Tampoco se trata de correr. No confundas ritmo con atropello ni estar animado con desgañitarse. Sitúate a una cuarta del micrófono. Es la distancia ideal para la voz. Más cerca, sonará distorsionada. Más lejos, perderá presencia.

Lo fundamental, como decimos, es la convicción. "Convencer" es una linda palabra: significa vencer-con-el-otro, compartir la victoria.

Unidad 4.7: HABLAR CON TODO EL CUERPO

Cuando instalaron los primeros teléfonos en Sicilia, todos los moradores se congregaron ante el nuevo aparato para aprender cómo funcionaba:

—*Atiendan* —dijo el técnico—. *Con la izquierda toman el auricular, con la derecha marcan los numeritos. Y listo, ya pueden hablar.*

—*¿Hablar?* —preguntó un campesino siciliano—. *¿Y con qué manos?*

Esta historia del teléfono vale también para la radio. Frente al micrófono, hay que emplear todo el cuerpo. Porque los seres humanos hablamos no solamente con la lengua. Utilizamos los brazos, las manos, los ojos, para expresarnos mejor.

No cruces los brazos ni los escondas detrás o bajo la mesa. Al cabo de un rato, estarás locutando con desánimo. Aprovecha todos tus músculos, especialmente los de la cara,

para darle fuerza a tus palabras. Igual que subrayamos una frase importante cuando leemos un libro, aprendamos a resaltar determinadas palabras con el tono dinámico de la voz y el apoyo de las manos.

Cuando entramos a una cabina de radio, antes de atender a las voces de los locutores, nos fijamos en sus manos. Al locutor de oficio se le reconoce enseguida por sus gestos, por las muecas de su cara, el brillo de sus ojos, su posición dinámica. Mueve todo el cuerpo, pero mantén la cabeza en dirección al micrófono para no salirse de plano.

Si grabas de pie, no te apoyes sobre un pie ni te recuestes sobre la pared. Párate firme, con una posición corporal enérgica.

Obviamente, si no tienes convicción, de nada sirve la gesticulación. El buen tono para hablar por radio es hijo tanto de la motivación del espíritu como de la expresión corporal.

Aquí vale lo del huevo y la gallina, quién viene primero. Porque la convicción interior nos hace mover los brazos, enarcar las cejas, alzar el dedo que acusa y cerrar el puño que afirma. Y a su vez, la gesticulación exterior va produciendo en nosotros una actitud más convencida y, por ello, más convincente.

La gesticulación, ciertamente, es un asunto cultural. Le expresión corporal de un guatemalteco o de un andino es mucho más retraída que la de un brasileiro o de un argentino. Que cada uno hable a su estilo, claro que sí, pero desarrollando al máximo las posibilidades de su cuerpo.

Práctica 10: GESTICULAR

Toma una noticia cualquiera y con un lápiz ve subrayando las palabras que consideras más importantes. Marca también con una raya donde consideras que se debe hacer una pausa.

Ponte delante del micrófono. De pie, en actitud dinámica. Y lee esa noticia con la mayor energía que puedas.

Llama a un amigo o amiga y dile que te escuche y que grabe un pequeño video con su celular. ¿Cómo es tu expresión corporal? ¿Muy estática? ¿Mueves las manos? ¿Los gestos de tu cara acompañan el contenido de la lectura? ¿Tu tono resulta convincente?

Unidad 4.8: NUESTRA QUERIDA LENGUA

Con el espíritu suelto y el cuerpo desenvuelto, ya podemos liberar nuestra lengua y explorar sus infinitas posibilidades. La lengua no sólo sirve para hablar. Con ella cantamos, con ella podemos reproducir innumerables sonidos de la naturaleza. Si nos damos cuenta, las tres voces del lenguaje radiofónico —efectos, música y palabras— caben en este pequeño músculo que ocupa, por su increíble versatilidad, más espacio en la corteza cerebral que ningún otro del cuerpo humano.

Nuestras lenguas se han ido subdesarrollando, atrofiando sus posibilidades expresivas. Pregúntele a un campesino por su caballo. Le responderá sumando la palabra a la onomatopeya del galope. Hable con un niño sobre aviones o sobre lo que sea. El niño sabe jugar con la voz e imitará con ella los ruidos ambientales. ¿Para qué nos sirve la boca cuando estamos tras los micrófonos?

Para hablar, desde luego. Pero en nuestra locución podemos hacer otras cosas: silbar, tararear, declamar, imitar, reír, suspirar, susurrar, chasquear. Podemos incorporar en nuestra conversación todos los sonidos del mundo. Sacarle buen provecho a la lengua, nuestra más dócil colaboradora.

CAPÍTULO 5: APRENDIENDO A LEER

Unidad 5.1: EL OFICIO DE HABLAR

¿Qué pensarías si yo llego de visita a tu casa, saludo, entro, me siento, saco un libro y me pongo a declamarlo delante de ti y de tu familia? Sospecharías que falta un loco en el manicomio, ¿no es cierto? Pues de esos locos hay muchos, sólo que en las cabinas de nuestras emisoras.

Por radio no se lee. En ningún formato. En los informativos, si se descubre el tono de lectura, resulta menos grave, porque el oyente sabe que la noticia no está siendo improvisada por el locutor. Pero en los programas de animación, en los deportivos, en los musicales, en las charlas, en los sketches, en las revistas, en las mismas cuñas, hasta en los editoriales, está prohibido leer. Más exactamente: que suene ha leído.

¿Por qué? Porque el oyente se distrae. O se fastidia. Porque cuesta seguir el sonsonete de la lectura. Compruébalo: toma un periódico y pónte a leerlo solito. Vas más lento o más rápido, saltas estos renglones que no te interesan, ahora vuelves atrás porque se te escapó un dato, miras una foto, repites este párrafo que te gustó y quieres saborearlo mejor. Cuando lees, tú impones el ritmo.

Cuando te leen, vas a remolque. Tienes que estar concentrado y reconcentrado para no perder el hilo de la frase ni la madeja del párrafo. La situación se complica si es por radio, donde no existe la posibilidad de decirle al distante locutor: *me perdí, hermanito, repíteme esa parte.*

Lo leído cansa. Cansa en los congresos, en los simposios, en los mal llamados seminarios que se atiborran de ponencias. En la escuela sucedía lo mismo, cuando te dictaban la lección. Pero, al menos, uno tenía la feliz alternativa de atender más a las piernas de la maestra o a los bellos ojos del profesor. En la radio no hay más estímulos que la voz de los locutores.

El lenguaje escrito no sirve para la radio. El estilo de la radio es vivo, caliente, conversado. Esto hay que decirlo una y mil veces, repetirlo, grabarlo en letras de oro sobre la puerta de la cabina para que no se olvide al entrar: hacer radio es hablar con la gente, no leer un papel delante del micrófono.

Por supuesto, algunos formatos, por la responsabilidad que implican, deberán ser escritos y libretados hasta en sus últimos detalles. Nadie será tan imprudente como para improvisar un editorial sobre un tema político grave, donde cada palabra tiene su peso y su medida. En estos casos y otros, habrá que redactar un buen texto y pulirlo bien. Pero luego, a la hora de la verdad, al momento de salir al aire, lo interpretaremos dando la impresión de algo fresco, que se piensa y se dice en ese mismo momento. Hay que aprender a leer como si estuviéramos conversando.

¿Cómo lograr esto? John Hilton, uno de los más populares charlistas de la BBC en los primeros años de la radio, tenía una regla básica para dominar esta técnica de la lectura que no lo parece: *para leer como si estuviéramos hablando, hay que hablar mientras se escribe.*

Si estuvieras cerca de mi cuarto mientras estoy escribiendo una charla —decía John Hilton—, oirías voces y refunfuños y una completa declamación desde el comienzo hasta el fin. Dirías que ahí dentro hay alguien que tiene un tornillo suelto, que no para de hablar solo. Pero no estaría hablando solo, te estaría hablando a ti.

Escribir para el oído, ésa es la fórmula. Escribir oyendo las palabras, saboreando los giros, incluso las incorrecciones de sintaxis propias del lenguaje hablado. Escribe así mismo, como suena, como si estuvieras conversando y verás, mejor dicho escucharás, la diferencia.

Práctica 11: CUATRO NIVELES DE LECTURA

La mejor forma de leer por radio (y en cualquier situación) es que no suene a leído. ¿Cómo lograr esto?

Veamos cuatro niveles de lectura que debes ejercitar para llegar a ser un buen locutor o locutora.

Primer nivel: LECTURA COMPRENSIVA

Algunos locutores y locutoras parecen cotorritas o papagayos. Leen un texto y, al final, si uno les pregunta, no se han enterado de nada. A veces, están tan preocupados de colocar la voz, de pronunciar correctamente, que ni saben lo que han dicho.

El primer nivel de lectura es entender lo que está leyendo, hacerte responsable de las frases que salen por tu boca. ¿Qué ejercicios ayudan para desarrollar esta capacidad?

Comienza por las palabras. En esta página que has leído… ¿hay algún término que no entiendes? Pues echa mano al mataburros. Si te acostumbras a leer con un diccionario al lado, en poco tiempo habrás duplicado o triplicado tu vocabulario.

Lee otra vez la misma página. Descubre la idea central y resume el contenido en pocas palabras. Si no entiendes, lee de nuevo. Si todavía no entiendes el sentido, pregúntale a un amigo o amiga. Pero no cometas la locura de sacar al aire un texto que ni tú mismo entiendes.

Segundo nivel: LECTURA PUNTEADA

Los signos de puntuación son como las señales de tránsito en una carretera. Nos indican dónde frenar y dónde arrancar, cómo subir y bajar las curvas de una frase, cómo debemos entonar las palabras. Conocer estos signos resulta indispensable para lograr una buena lectura y una mejor locución.

Hay dos signos de puntuación fundamentales:

-Las comas son como la luz amarilla y se entonan hacia arriba ↗

-Los puntos representan el semáforo rojo y se entonan hacia abajo ↘

Aprovecha para tomar aire en esos semáforos, especialmente en los rojos.

Veamos otros signos de puntuación que también conviene conocer y obedecer:

-El punto y coma ; separa frases más largas e implica una pausa mayor que la coma.

-Los dos puntos : van antes de una enumeración. Se hace una pausa más breve que el punto.

-Los puntos suspensivos … indican algo inconcluso o preparan una sorpresa. La entonación queda abierta, suelta.

-Con las interrogaciones ¿? puedes hacer:

-Preguntas cerradas (respuestas de sí o no) que se entonan hacia arriba ¿Quieres un helado? ↗

-Preguntas abiertas (qué, cuándo, dónde…) que se entonan hacia abajo ¿De qué sabor lo quieres? ↘

-Las admiraciones ¡! exigen mayor énfasis en la entonación de la frase. Mantén esa misma fuerza hasta el final, sin desinflarte.

-Los paréntesis ( ) se modulan con una lectura más suave, bajando el tono.

-Cuando las comillas " " denotan ironía, también se baja un poco el tono. Si destacan una frase célebre o una cita, se hace una pausa breve, se cambia el tono y se enfatiza la lectura.

Eso es todo. Siguiendo este sencillo *manual de conducción* tu lectura será más fluida. A partir de ahí, podrás modular mejor la voz.

Tercer nivel: LECTURA MODULADA

Ya nos referimos antes a la modulación de la voz (subir el tono, bajar, hacer pausas, cambiar ritmos...) y su correlativa gesticulación.

Para modular mejor, los locutores y locutoras experimentados ganan texto con la vista. Los ojos van por delante captando palabras que todavía la boca no ha pronunciado. Esto permite comprender el sentido de la frase, prever algunos

términos difíciles, saber cuándo respirar. Este ejercicio supone gran concentración. Habitúate a adelantar con los ojos tres o cuatro palabras. O incluso más.

También te será útil marcar el texto que vas a leer, subrayar las palabras o cifras principales que dan sentido a las frases y hay que enfatizar.

Cuarto nivel: LECTURA LIBRE

El dominio de un texto se logra cuando tiene sabor de improvisación, como si lo estuvieras conversando. ¿Cómo conseguir esto? Despegándote un poco de lo que está escrito, es decir, parafraseando. Fíjate en esta frase:

> *Si el FMI sigue apretando, la cuerda se va a romper.*

Una lectura libre podría ser así:

> *Si el FMI sigue, si continúa a-pre-tan-do… ¡ayayay!… la cuerda se va a romper.*

No hay que hacer esto en cada línea. Ni se trata de inventar o cambiar el sentido de lo que está escrito. Pero con pequeños añadidos de tu cosecha conseguirás darle mucha frescura a tu lectura. No olvides que la mejor lectura será la que no suena a leída.

Unidad 5.2: LA IMPROVISACIÓN

No basta con saber leer, ni siquiera con una lectura libre. Un comunicador necesita aprender a improvisar, a soltar la lengua. A correr la aventura de hablar sin papeles.

Por si acaso, anotemos que improvisar no consiste en decir lo primero que me venga a la boca. La verdadera improvisación exige incluso más preparación que la redacción de un texto. Supone investigar, hacer un esquema de ideas, tener los materiales a punto, estar en forma. Una vez listos, como deportistas bien entrenados, desplegamos las alas delta y echamos a volar nuestras palabras vivas desde la antena radiante hasta el oído del receptor.

La capacidad de improvisación, la fluidez de palabras, depende de una actitud permanente de curiosidad, de observar el mundo para conocerlo, de interesarnos en los demás, de charlar sobre los más variados temas. A hablar se aprende hablando. Y leyendo. El vicio propio de locutores y locutoras son los libros, las revistas, los periódicos... Sin mucha lectura te será difícil improvisar sobre ningún tema. Te parecerás a un pozo seco de donde no brota ninguna opinión ni pensamiento propio.

Práctica 12: IMPROVISACIÓN

Una buena técnica para ejercitar la improvisación consiste en escribir varios temas en papelitos y meterlos en una gorra. Pueden ser temas complejos (las leyes migratorias) o más cotidianos (la minifalda). Uno a uno, los compañeros y compañeras van sacando un papelito y deben hablar un minuto o dos sobre ese tema. Los demás evaluarán:

—¿Dijo algo? ¿Dio muchos rodeos?
—¿La entrada fue atractiva? ¿Y la salida?
—¿Usó muletillas? ¿Se le notaba inseguro?
—¿El lenguaje fue ingenioso? ¿Quedó alguna idea clara?
—¿Qué puntaje le darías del 1 al 10?

Unidad 5.3: CADA QUIEN A SU AIRE

Muchos manuales de locución ponderan el acento neutro. Según éstos, lo más profesional sería una forma de hablar "de ninguna parte", un idioma sin impurezas ni cadencias que no deje ver la procedencia de quien habla.

Y así, hay profesores que entrenan al boliviano para que no arrastre las *erres* y a la ecuatoriana para que no silbe las *eses*. Corrigen al mexicano por esas inflexiones tan profundas, como de guitarrón. Le hacen repetir villa y caballo a la argentina para que las *elles* no chirríen tanto. Y los venezolanos, vale, que no repitan tanto el *vale*. Nos dijeron que el locutor, como la leche, debe salir pasteurizado y homogenizado.

¿Qué hay atrás de ese afán de uniformar los tonos y los acentos? ¿No serán 500 años de racismo de ellos y de complejo de nosotros? Aunque los criollos eran mestizos y mulatas, no querían parecerlo. Que no se *discubra* al indio por las vocales cambiadas ni al esclavo negro en el acento de mandinga. Que en la escuelita de la sierra y de la selva se enseñe el correcto castellano de la Real Academia. Que parezcamos blancos. Que hablemos como blancos.

Para "españolizarse" más, algunos locutores emplean el *vosotros* y hacen gala de las *zetas*. Pero aquí no estamos en Toledo ni en Salamanca. Más aún, ¿existe un acento español único? Porque los andaluces no hablan como los gallegos ni como los catalanes. No existe el pretendido castellano universal ni siquiera en la tierra de Lope de Vega, mucho menos en nuestra variopinta América Latina.

Así pues, dejemos el acento neutro (tan imposible de lograr como aburrido si lo logramos) para los lingüistas melindrosos. Y que las chilenas sigan hablando con sus agudos y los mam de Guatemala con sus guturales y los aymaras de los Andes con su irrepetible "k " y las brasileras con sus múltiples sotaques. Que cada país y cada etnia tenga su tonalidad propia y su cantadito sabroso. Cada quien a su aire, como decía el filósofo.

Defendiendo los acentos regionales y nacionales no queremos echar por la ventana el esfuerzo por pronunciar bien las palabras y las letras. Una cosa es el acento y otra la mala

dicción. Si el caribeño cambia la *r* por la *l* y la *l* por la *r*, esa falla debe corregirse. Si usted come más *eses* que espaguetis, ponga un poco de cuidado a la hora de locutar. Pero una cosa es atender la pronunciación y otra obsesionarse por ella. A los oyentes no les preocupa tanto que el locutor se salte una ese porque ellos se saltan cien. En fin, ya vamos a conversar sobre la buena dicción.

Unidad 5.4: DESPACIO QUE TENGO PRISA

Cuando leemos un texto, los signos de puntuación nos sirven como señales de tránsito para saber dónde disminuir la velocidad (las comas), dónde frenar (los puntos) o dejar colgada una frase (puntos suspensivos), cuándo subir el tono (las admiraciones) y cuándo interpelar al público (las interrogaciones).

Pero al hablar, ¿cómo nos orientamos? Cuando estamos conversando con un grupo de amigos, ese problema no existe. Con naturalidad modulamos las frases y hacemos las pausas donde corresponden.

Otra cosa es cuando estamos hablando ante un público o detrás de un micrófono. Corremos, atropellamos las palabras, nos producen pánico esos segundos de silencio entre una frase y otra. ¿A qué se deben estas prisas?

Los nervios. Queremos terminar cuanto antes, bajarnos lo más rápido posible de la tribuna, escapar del escenario o de la cabina de grabación.

La impaciencia. Tenemos muchas cosas que decir y contamos con poco tiempo para ello. Entonces, apresuramos las palabras, aceleramos la lengua, apretujamos las ideas.

Por ambos caminos, olvidamos las indispensables pausas. Y proyectamos ante el auditorio un sentimiento de inseguridad y falta de convicción.

Vísteme despacio, que tengo prisa, como decía la experimentada viajera. Los nervios hay que dominarlos con ejercicios de respiración y control mental. En cuanto a la impaciencia, recordemos que más vale decir 3 cosas bien dichas que embutir 33 en las orejas del público.

¿Para qué sirven las pausas?

Para respirar bien. Si no las haces, tampoco encontrarás el momento adecuado para tomar aire. Te cansarás y acabarás jadeando.

Para subrayar una idea, para enfatizar algunas palabras claves de tu exposición. Las pausas despiertan el interés y, a veces, hasta crean suspense en el relato.

Las pausas son muy útiles también después de una interrogación. Es una manera de dar tiempo al oyente para pensar en la respuesta.

No confundamos pausas con baches. Si perdiste el hilo del discurso, no pienses que estás

haciendo una pausa. Toma un poco de agua y trata de hilvanar el hilo con una nueva idea.

Y ahora… hagamos una pausa antes de pasar a la siguiente unidad.

CAPÍTULO 6: UN LENGUAJE SENCILLO

Unidad 6.1: HABLAR COMO LA GENTE

Para hablar por radio hay que usar palabras sencillas. Palabras que se entiendan sin necesidad de agarrar un diccionario. Que se entiendan a la primera (¡porque no hay cómo llamar al locutor y decirle que repita!).

Cuando estamos ante una pantalla o detrás de un micrófono, no hablamos para una élite o un grupo de expertos, ni siquiera para los colegas periodistas. Nuestra audiencia es la gente común y corriente, el pueblo.

Ahora bien, ¿cómo saber si una palabra es sencilla? Pues muy sencillo. Clasifiquemos las palabras en tres clases:

* *Lenguaje activo*
Son las palabras que la gente usa en su vida diaria.
Por ejemplo, *me duele la barriga.*

* *Lenguaje pasivo*
Son las palabras que la gente no usa frecuentemente, pero sí entiende.
Por ejemplo, *tengo un malestar estomacal.*

* *Lenguaje dominante*
Son las palabras que la gente ni usa ni entiende.
Por ejemplo, *se me han presentado complicaciones gástricas.*

¿Qué lenguaje es mejor para la radio? Sin duda, el *activo.* El que se habla en el mercado, en la cocina, en el autobús. En las radiorevistas y otros programas de animación, los locutores y locutoras utilizarán este lenguaje si quieren sintonizar con su público.

El lenguaje *pasivo* también lo podemos utilizar. Hay formatos (sobre todo, los noticieros) donde trabajamos con palabras más formales, menos cotidianas. Pero siempre es indispensable que éstas puedan ser comprendidas por la audiencia.

En ese lenguaje pasivo tenemos un tesoro de palabras que se entienden, aunque no se utilicen demasiado, pero que irán enriqueciendo el vocabulario de nuestros oyentes. Conocer más palabras es poder expresar más ideas.

¿Y el lenguaje *dominante*, el que ni se usa ni se entiende? Ese lo dejamos fuera. Que lo empleen los pedantes que piensan que por hablar más raro son más cultos. Esas palabritas extrañas sólo sirven para humillar, para sugerir que el pueblo es bruto y nosotros somos los listos.

Ya sabemos que cualquier clasificación de palabras depende de los diferentes contextos en cada país, de los niveles de instrucción, de las maneras de expresarse. Lo que en Paraguay es habitual en Honduras puede resultar una rareza. Y al revés. Cambian los ejemplos, pero el criterio se mantiene: que la radio hable como habla su gente.

Práctica 13: PALABRAS DOMINANTES

Toma un editorial, una noticia, algún texto que se haya sacado al aire en la emisora. Subraya las palabras que tú piensas no hayan sido entendidas por la mayoría de los oyentes, las palabras dominantes, incomprensibles.

Después reúnete con un grupo de vecinos y vecinas, de gente sencilla de tu barrio. Léeles el mismo texto. ¿Coincide tu suposición con lo que la gente entiende? ¿Te quedaste corto? O al contrario, ¿los vecinos y vecinas entendieron todo sin dificultad?

Unidad 6.2: ¿Y LOS TÉRMINOS TÉCNICOS?

Cuando los agrónomos, psicólogas, abogadas o economistas hablan por radio, se imaginan ante colegas y utilizan sin pudor las jergas de su profesión. Suelen mezclar éstas con un lenguaje rebuscado y libresco que vuelve aún más incomprensible muchas de sus explicaciones.

Distingamos el innecesario código dominante de las palabras técnicas a las que el público sí debe acceder porque son útiles para defenderse en la vida y hasta para discutir el contrato con el patrón. Por ejemplo, indexación del salario. Aunque este concepto se pueda explicar con palabras más sencillas es conveniente que la gente haya oído el término y sepa de qué se trata y cómo emplearlo correctamente.

Eso sí es educativo: divulgar la ciencia y la técnica. En lugar de complicar lo sencillo, como hacen algunos engreídos que vimos antes, un buen comunicador o comunicadora toma exactamente el camino opuesto: simplificar lo complejo o lo que así parece a primera vista. Incorporemos oportunamente en nuestros programas el “derecho de habeas corpus” y los “bienes gananciales”, expliquemos a qué se llama “software libre” y qué es la “antimateria”. Dominando estas expresiones, ayudaremos a nuestra gente a desenvolverse mejor en los tiempos que nos han tocado vivir.

La ciencia entra con paciencia. No basta explicar el término técnico una vez y luego soltarlo así nomás los siguientes días, como si todo el mundo recordara su significado. La gente no escucha el programa lápiz en mano. Mejor pecar de explícito que de supuesto. En radio, como en la ranchera, hay que volver y volver. Hay que ablandar las palabras aplicando aquella vieja y siempre válida ley de la redundancia.

Práctica 14: JERGA PERIODÍSTICA

Igual que la jerga de varias profesiones, también entre colegas nos hemos llenado de palabrerío inútil.

Haz un inventario de la jerga típica de los periodistas de tu región: el vital líquido, la

verde gramínea, un siniestro, el nosocomio, las precipitaciones pluviales, los semovientes, los recursos hidrobiológicos... El objetivo es satirizar esa jerigonza. Y traducir estos conceptos a palabras sencillas.

Unidad 6.3: JERGAS JUVENILES Y MALAS PALABRAS

Broder, bacán, chévere, carnal... No hay que asustarse de anglicismos ni neologismos, porque todo idioma —castellano incluido, aymara incluido, creole incluido— es un ser vivo y, como tal, tiene apetito.

Los idiomas intercambian vocabulario, dan y reciben palabras. O se las inventan. En gringolandia ya dicen *amigo* y *fiesta* y nos les preocupa demasiado. ¿Qué problema, entonces, si el locutor juvenil saluda y se dirige a los panas con todo el lenguaraje de su generación?

En cuanto a las llamadas "malas palabras", digamos que ninguna palabra es "mala" sino oportuna o inoportuna. Una expresión que en tu casa o andando por la calle suena natural, tal vez moleste si la sacamos al aire por la radio. Aunque esto depende del segmento social o cultural al que nos dirigimos y del formato que empleamos. En un sociodrama nos pemitimos un lenguaje más desenfadado que en un noticiero. La regla será, entonces, respetar la sensibilidad de nuestra audiencia y los márgenes del formato.

Pero, además, ocurre que estas llamadas "malas palabras" varían de un lugar a otro. Lo que es palabra inocente aquí, es grosería allá. Y el extranjero desprevenido mete la pata a cada rato. En Cuba, se coge la guagua (se sube al autobús). Mejor no lo digas así en Argentina. En Panamá, los niños juegan con conchas en la playa. Que no lo hagan en Uruguay. En Chile, no conviene decir que se pinchó una llanta o que vas a abrir el camino a pico y pala. No le pidas el pan a una señora en Santa Cruz de la Sierra. Pídele horneado. En Guatemala, le dicen chucha a una perrita. Y en el Caribe es el apodo cariñoso del nombre María de Jesús. Pero no lo digas en el Ecuador. Pendejo quiere decir bobo en todas partes, menos en el Perú, donde es el mote del vivo. En Dominicana, carajo se ha vuelto palabra de uso cotidiano. Pero en Bolivia, basta usarla una vez para perder la fama. Y culo, tan familiar en España, te gana una bofetada en la mayoría de los países latinoamericanos.

Práctica 15: ¿CÓMO HABLAN LOS JÓVENES?

Haz un listado de las palabras y jergas de tu audiencia juvenil. ¿Cuáles podríamos usar sin dificultad en el programa de jóvenes? ¿Cuáles resultarían chocantes para la gran audiencia, incluso para los mismos jóvenes?

Unidad 6.4: GUERRA A LAS SUBORDINADAS

Más que facilidad de palabra, hay quienes tienen dificultad de callarse.

Son esos animadores, entrevistadoras o comentaristas, que arrancan con una idea, hablan, repiten, dan vueltas y vueltas, como los perritos cuando van a echarse y nunca se echan, dicen lo que dijeron y anuncian lo que van a decir, y no dicen nada.

En radio, frases cortas. Sean habladas, sean escritas, siempre cortas. ¿Cuántas palabras por frase? Algunos autores dicen que un buen límite son de 15 a 20 palabras de punto a punto. Y hasta menos. Más de dos renglones seguidos sin rematar con un punto ya resulta sospechoso.

Las culpables de estos parrafazos son las llamadas *frases subordinadas.* Es a ellas a las que tenemos que declarar una guerra sin cuartel.

Las frases subordinadas se parecen a las ramas y ramitas de un árbol que van desviándose del tronco. Fíjate en esta frase retorcida:

> *Hablar por radio, a pesar de lo que dicen por ahí, no es un asunto tan difícil, si bien para algunos tímidos, sobre todo al principio, podría parecerlo en la medida en que, sin demasiada experiencia, no le toman, como ocurrirá después, el debido gusto al micrófono.*

La frase principal se enreda con varias subordinadas. Éstas tienen otras frasecitas colgadas que, en vez de aclarar, confunden.

¿Por qué no cortamos ese parrafazo en dos o en cuatro frases cortas? Resultará más cómodo para el locutor y más claro para el oyente. Hagamos la prueba:

> *No se fíe de lo que dicen por ahí. Hablar por radio no es un asunto tan difícil. Al principio, podrá parecer así para algunos tímidos. Es la falta de experiencia. Pero una vez que le toman gusto al micrófono, ya no quieren soltarlo.*

Frases cortas y limpias, claras como el agua de lluvia. O como la poesía de Paul Valery, que afirmaba con toda razón: *Quien piensa claro, habla claro.*

Práctica 16: PARRAFAZOS

Entre los compañeros y compañeras se reparte un texto abstracto, con frases largas y complicadas.

Cada uno o por parejas, señala las palabras incomprensibles, los parrafazos, las frases subordinadas. Y van proponiendo otras palabras más sencillas, van cortando los párrafos largos en dos o en cuatro oraciones, eliminando las subordinadas, simplificando el texto.

CAPÍTULO 7: UN LENGUAJE BONITO

Ya tenemos limpio el terreno, ya arrancamos el palabrerío inútil e incomprensible, el galimatías de los párrafos largos y confusos. ¿Y ahora qué, no hemos terminado ya el trabajo? Aún estamos a medio camino, porque no basta la palabra sencilla si no brilla.

Vamos a explorar los muy variados recursos que tenemos al alcance de la lengua para aprender a hablar con más gracia, con chispa. La tarea será divertida y el éxito está asegurado ya que estos consejos han sido experimentados desde hace muchísimo tiempo por oradores y predicadores, por contadores de cuentos, ciegos romanceros y vendedores de aceite de culebra en las ferias de los pueblos. Todos los prestidigitadores de la palabra conocen de sobra estos recursos y los aplican sin darse cuenta, por la mera costumbre de hablar bonito.

Unidad 7.1: PALABRAS CONCRETAS

Comencemos por el comienzo: la materialidad de las palabras. Ya dijimos que las mejores palabras para radio son aquellas que se pueden ver, oler, tocar y saborear, que entran por los sentidos y van derecho a la imaginación. Por ejemplo, si digo: *A esta comunidad le faltan los servicios básicos,* la frase es correcta y bastante clara. Pero no veo nada con ella.

Ahora bien, si en lugar de ese concepto frío de "servicios básicos" digo: *A esta comunidad le falta agua, luz y caminos*, ya la mente tiene donde reposar. Porque la luz se mira, el agua se bebe, los caminos se recorren. Son palabras concretas, es decir, pueden crecer, están vivas, se proyectan y se mueven en nuestra pantalla interior.

Yo puedo decir: *En el curso hay muchos latinoamericanos y latinoamericanas.* Perfecto, todo el mundo entenderá. Pero ensayemos otra manera de expresar lo mismo: *En el curso hay peruanas y panameños, colombianos y chilenas, del Brasil brasilero y del México lindo... ¡de toda América Latina!*

Los tacaños del reloj ya estarán protestando, porque si hablamos así perdemos mucho tiempo. ¿Y quién dijo que la meta radiofónica es ahorrar tiempo? ¿Tiempo para qué? Más vale una ciruela dulce y no un canasto insípido. Lo que hay que ganar no es el tiempo, sino la imaginación del oyente.

Veamos otro ejemplo: *Esa niña hace de todo en la casa.* Es una frase corta y clara. Pero no sugiere mucho, carece de color. Pongamos verbos concretos: *Esa niña lava, plancha, cocina, atiende a los hermanitos...* Ahora estamos viendo el trajín de la muchacha. Pongamos sustantivos a esos verbos: *Esa niña lava los platos, plancha las camisas, cocina los frijoles...* Y adjetivos a los sustantivos: *Esa niña lava una torre de platos grasientos, plancha las camisas blancas para el señorito...* Mientras más elementos materiales proporcionamos, mejor puede el oyente representarse la situación.

El primer consejo, pues, consiste en pintar con las palabras. Es lo que en literatura se conoce como describir. Y lo que en nuestro medio llamamos imágenes auditivas.

Práctica 17: PINTA CON PALABRAS

Tomemos textos propios o ajenos. Subrayamos las palabras abstractas, inmateriales. Y las sustituimos por palabras que tengan color, olor, sabor, peso y medida.

Unidad 7.2: EXPRESIONES REGIONALES

No vivimos en Júpiter ni en los anillos de Saturno. Ni siquiera en nuestro planeta, que es demasiado grande para conocerlo todo en una sola vida. Estamos aquí, en este país particular, en esta región con su música, su forma propia de saludar y despedirse, con su original manera de hablar y su tono. Tales expresiones, los giros típicos, las palabras inventadas por la gente, todo ese diccionario paralelo y popular que emplea a diario nuestra audiencia puede y debe, según se acomode al formato, reflejarse en nuestra programación.

¿Cómo se dice *niño* en castellano? Si trabajas en una radio argentina, di *gurí.* Y si locutas en una radio salvadoreña, habla de *cipote.* En México, son los *chavos.* En Venezuela, los *pelaos.* Vamos al Perú. En el norte los conocen como *churres,* en el sur como *wawas* y en la selva les llaman *llullos.*

Al hablar por radio, tal vez para demostrar un lenguaje universal, ¿sería más conveniente decir niño o niña? ¿Por qué, quién dijo esa niñería? ¿La Real Academia lo manda? ¿Los prejuicios de aquellos que nacieron en nuestros países pero su corazón —o su cuenta bancaria— lo tienen en Londres o Suiza? Mientras más nos apropiemos del habla real de la gente, más podrá la gente apropiarse de la radio, sentirla suya. Y de eso se trata.

Los regionalismos se dan también en la sintaxis. La población quechua, al expresarse en español, coloca el sustantivo antes del verbo y la conjunción adversativa al final: *Papas fui a comprar, pero.* Los loretanos hacen malabarismos con los predicados: *De la puerta su llave y de la cama su colchón.* Las quiteñas piden los favores con gerundios: *dame pasando el azúcar.* En Centroamérica, igual que en Argentina, conjugan el arcaico *vos.* Y en Cuba no se pregunta *¿qué quieres tú?*, sino al revés, *¿qué tú quieres?*

La lista de incorrecciones no tendría fin. Ahora bien, ¿son realmente incorrecciones? Como radialistas, nos abstenemos en la votación. Porque un locutor no es un profesor de gramática ni una maestra de escuela, sino un amigo que habla con sus paisanos y como sus paisanos. La radiodifusión no traiciona su cometido educativo ni malogra el idioma incorporando estas expresiones y construcciones regionales, todo lo contrario. En la variedad está el gusto y en la diferencia el derecho.

Práctica 18: ¿CÓMO SE DICE...?

Haz una lista de expresiones populares de tu región o país para decir hombre, mujer, casa, comida, trabajo, familia, niño y niña, perro... ¿Se podrían utilizar en la radio?

¿Cuáles serían las expresiones más típicas, las que permiten identificar a una persona de tu región o país? Por ejemplo, si escuchamos "pura vida" sabemos que se trata de alguien de Costa Rica. Si dice "che" sabemos que viene de Buenos Aires y si dice "vergatario" viene de Maracaibo.

Unidad 7.3: IMÁGENES

Lo que, generalmente, llamamos lenguaje poético consiste en traducir conceptos abstractos en imágenes. En muchos de nuestros himnos nacionales se habla de *romper las cadenas* o *sacudir el yugo* como una figura de no tolerar más la esclavitud. En centenares de canciones se sustituye el concepto amor por la imagen visual del corazón. Le adjudicamos colores a los sentimientos (la esperanza es verde, la envidia amarilla) y Serrat confiesa que el nombre de su amada le sabe a hierba. ¿De dónde nace toda este trueque simbólico de la realidad? De la necesidad de imaginarnos las cosas, de poder *ver lo que oímos.*

Poesía y picardía. Nuestro lenguaje cotidiano también está repleto de imágenes que hacen más amena la conversación. Burlarse de alguien es *tomarle el pelo*. Equivocarse es *meter la pata*. Y morirse, *estirarla*. Aguantar una calamidad es *hacer de tripas corazón.* No darse cuenta de las cosas es *no ver más allá de las narices.* Tener experiencia es *peinar canas.* Y *pegar los cuernos* no necesita explicación.

Nada tiene esto de chabacano. Por supuesto, el sentido común, el olfato de la oportunidad, nos indicará dónde cabe o sobra una imagen popular. En un discurso fúnebre no despediremos al difunto diciendo que ya estiró la pata. Sin embargo, la solemnidad del momento no impedirá que empleemos otra expresión igualmente imaginativa: subió a los cielos.

Unidad 7.4: COMPARACIONES Y METÁFORAS

Así funciona nuestra cabeza y así valoramos lo que nos rodea: comparando. Comparamos nuestro televisor con el del vecino. (Y si sale ganando el nuestro, entonces es bueno). Comparamos salarios, cónyuges, autos y sazones. (Nada ni nadie es bueno o malo en sí mismo, sino en relación con otro mejor o peor). Relacionamos lo humano con lo que no lo es y las situaciones anímicas con objetos bien tangibles. Este mecanismo de razonar en base a permanentes comparaciones se descubre también en el habla cotidiana. En literatura se llaman símiles: *fuerte como un toro, terca como una mula.*

Con un poco de chispa, podemos establecer comparaciones más vistosas: *está más preocupado que cucaracha en gallinero, la reunión se ha enredado como pelea de pulpos, está más perdido que Adán en el Día de las Madres, blanco-blanco como teta de monja...*

A veces, para hacer más enérgica la comparación, se le quita el puente (como... más que) y se pasa directamente al segundo significado. Ya no decimos que Perico es valiente como un león, sino que *Perico es un león*. Son las llamadas metáforas.

Estos recursos literarios se pueden trabajar con todos los sentimientos, desde el más romántico y sublime (*tu escote es mi vía láctea*), hasta el irónico (*¿te crees el ombligo de Tarzán, verdad?*) o el insulto (*bruto como una cebolla que crece cabeza abajo*).

En el mismo ámbito de símiles y metáforas, aparecen las parábolas. Jesús de Nazaret, especialista en el género, comparaba el Reino de Dios con un espléndido banquete de bodas o una diminuta semilla de mostaza. En un editorial, podemos hacer una analogía entre el Parlamento y un partido de fútbol con árbitros vendidos. La deuda externa y eterna de nuestros países se comprenderá mejor si la explicamos a partir del usurero de la esquina. De esta manera, las situaciones más lejanas o difíciles se iluminan a partir de otras más próximas o simples.

Unidad 7.5: EXAGERACIONES

En nuestras tierras desmesuradas, como dice García Márquez, la imaginación siempre va a la zaga de la realidad. Ríos sin orillas, tempestades de seis meses y niños que nacen con cola de chancho. Tal vez por ello, nuestro lenguaje ha ido perdiendo también las proporciones. Todo lo exageramos, todo se vuelve superlativo en nuestras bocas latinas y caribeñas. Los cubanos ganan medalla de oro en este deporte de la lengua: si un vecino se resbaló dos veces en la calle, se dirá que *vive tirado en el piso.*

Hay un tipo de personas, discretas y juiciosas, que no arriesgan una idea sin precaver todas sus posibles desviaciones: *tal vez me equivoco, pero a veces ocurre, aunque no siempre, que a lo mejor...* Los matices, como el culantro, son buenos pero no tanto. Con ese lenguaje escrupuloso, el significado, lo que se quiere decir, se va debilitando, incluso confundiendo, y al final, nos quedamos en una nube de gas.

El humor se nutre de las exageraciones del lenguaje. ¿Cómo nos hubieran hecho reír Cantinflas o Verdaguer o Don Evaristo Corral y Chancleta prohibidos de este recurso? Por ejemplo, si digo tengo muchísima hambre, esa frase no tiene gracia. Digámosla así: *me comería una vaca con todo y cachos.* En vez de tener mucho sueño, di que *ya te duermes de pie*. Si no tienes tiempo para nada, completa la frase: *¡ni para rascarme una oreja!*

Ensayemos frases estridentes, desorbitadas, sacadas de quicio. Y que el lenguaje ponderado y puntilloso quede para abogados y toda la gama de tinterillos.

Unidad 7.6: REFRANES

Llegamos al cofre más conocido y codiciado de la sabiduría popular. Quien lo encuentra, quien lo abre y adorna su lenguaje con las joyas que guarda, dispondrá de un recurso brillante para hablar bonito y convencer facilito. Más vale un refrán que cien razones, dice el refranero sobre sí mismo. Y es cierto. Si usted quiere zanjar una discusión, encaje el refrán apropiado en el momento apropiado. Y sanseacabó. Si usted quiere hacer callar al que está hablando indiscreciones, dígaselo así: *recuerda que en boca cerrada no entran moscas.* Tal sentencia resultará más persuasiva que cualquier otra indicación o regaño.

Una gran mayoría de refranes, por su misma extracción popular, se construyen con imágenes y comparaciones bien concretas:

Advertencia al haragán:
camarón que se duerme se lo lleva la corriente

Advertencia al soberbio:
¡elévate, pollo, que mañana te guisan!

Advertencia al idealista:
más vale un toma que dos te daré

Los refranes concentran la sabiduría y la experiencia acumulada durante años y transmitida de padres a hijos y nietos. Pero también, a fuerza de un realismo desengañado, reflejan actitudes discriminatorias. Nos preocupan, fundamentalmente, tres:
la de los hombres frente a las mujeres (*la mejor mujer es la muda*), la de los ricos frente a los pobres (*unos nacen con estrella y otros estrellados*), la de los blancos frente a otros colores de piel (*blanco corriendo es atleta, negro corriendo es ladrón*).

No invoquemos la simpatía de nuestro lenguaje para reforzar estos prejuicios sociales. Más bien, con un poco de astucia, podemos voltear los refranes humillantes o fatalistas y hacerlos jugar a nuestro favor. *De tal palo tal astilla* se emplea para censurar al hijo que es tan vago como su padre. Podemos suplantar esta idea y decir de *tal macho tal machito* para cuestionar el desinterés de los varones —también de imitación paterna— en las tareas domésticas.

Podemos cambiar un refrán y también inventarlo. No es tan difícil como parece, una vez descubierta la bisagra, su estructura doble y contrastada. ¿Qué quieres decir? ¿Que un locutor debe ser alegre para conservar su puesto? Inventa un refrán: *mejor reír ante el micrófono que llorar frente el director.*

Práctica 19: ENCUENTRA EL REFRÁN

Los compañeros y compañeras se dividen en dos grupos, como en los concursos de televisión. Cada grupo tiene su representante, papeles y lapicero.

Quien conduce la dinámica dice un concepto abstracto, por ejemplo, *al haragán le va mal.*

Gana un punto el primer grupo que entregue el papel con un refrán correspondiente. En este caso, podría ser *camarón que se duerme, se lo lleva la corriente.* Gana el grupo con más puntos.

Unidad 7.7: NARRACIONES

¿Quieres parar de inmediato las orejas del público? Comienza así tu programa: *¿No se han enterado aún de lo que le pasó a María Emilia ayer cuando salió de su casa?* Aunque nadie conozca a la tal María Emilia ni sepa dónde vive, todos estarán interesados en averiguarlo.

Así somos, ¿para qué negarlo? Nos atraen las vidas ajenas tanto como la nuestra. Nos gusta escuchar historias, aventuras, anécdotas, cosas que han pasado, reales o ficticias. Nos encanta oír cuentos (y vivir del cuento, si fuera posible). Nos cautivan las narraciones.

¿Cuál es la diferencia entre la forma narrativa y la discursiva? En la primera, relatamos hechos, acontecimientos, contamos lo que ocurrió. En la segunda, exponemos ideas. El narrador pasa de un hecho a otro, encadena sucesos concretos. El orador, de una idea a otra, analizando y sintetizando conceptos. La narración va hacia delante, avanza con el tiempo, es cronológica. El discurso va hacia abajo, buscando profundidad, es lógico.

No hay que hablar mal del discurso. Hay un tiempo para ambas formas, la narrativa y la expositiva. Pero en la competencia entre estas dos maneras de expresarse, la primera gana. Un mal relato aventaja a una buena ponencia.

En cuestiones de memoria, pasa otro tanto: las narraciones se recuerdan más fácilmente, porque ocupan palabras materiales, porque dan cuenta de la vida. Las nociones y definiciones, las argumentaciones y teorizaciones, por más importantes que sean, se suelen disolver en la mente como pompas de jabón.

Quien narra, gana. Quien sabe contar, tiene a su alrededor un montón de oyentes ávidos, esté con un grupo de amigos o en una cabina de radio.

Práctica 20: UN CUENTO COLECTIVO

Quien conduce la dinámica comienza el cuento. Por ejemplo: *La noche estaba oscura, completamente oscura, cuando se escucharon aquellos golpes en la puerta...*

Cada participante tiene que continuar la historia, añadiendo nuevos elementos. Entre todos y todas irán armando una narración que puede resultar tan colorida como absurda. No importa. Nos estamos ejercitando en narración.

Unidad 7.8: PREGUNTAS, ADMIRACIONES Y ÓRDENES

En la escuela, estudiamos cuatro formas básicas de expresión: las frases enunciativas (*Miguelina come mangos, Miguelina no come mangos*), las frases interrogativas (*¿Miguelina come mangos?*), las admirativas (*¡Miguelina come mangos!*) y, por último, las llamadas apelativas o de mandato (*Come mangos, Miguelina*). Todas las frases tienen las mismas palabras con diferentes significados de acuerdo a la entonación particular de cada una. Para leerlas correctamente, nos ayudamos de los signos de puntuación.

En la vida diaria, entremezclamos sin ningún esfuerzo estas cuatro formas expresivas, tal vez porque responden a otras tantas actitudes frecuentes en la conversación: la información, la curiosidad, el asombro y la autoridad. A la hora de escribir, sin embargo, o cuando estamos detrás de un micrófono, se nos olvidan tres y nos quedamos únicamente emitiendo frases enunciativas. Todo lo afirmamos o negamos nosotros. ¿Y el oyente? ¿Y la oyente? Bien, gracias.

Precisamente por ser un medio ciego, en la radio resultan de gran utilidad estas formas de comunicación descuidadas. Veamos para qué nos sirve cada una:

-Las *interrogativas* interpelan al oyente, lo enganchan, lo hacen participar a través de su respuesta mental. Note el dinamismo de este párrafo que incluye un par de preguntas simples:

Los dos están metidos en un tremendo lío. Se quieren muchísimo, se han jurado amor eterno... ¿Existirá ese tipo de amor?... Bueno, el asunto es que él le pide a ella "la prueba del amor". ¿Debe dársela? ¿Usted lo haría?... ¡Ah, él tiene 23 años y ella acaba de cumplir los 15!

-Las admirativas sirven para resaltar algo, para elevar la temperatura de la charla, a veces para satirizar. Atraen la atención, recuperan a los distraídos, subrayan el sentido de la frase:

El chofer, después del accidente del bus, se dio a la fuga... ¡él, y sobre todo la empresa que contrata tales irresponsables debe ser enjuiciada!

-Las apelativas o imperativas resérvelas para esos momentos de acusación a las autoridades incumplidas, para denunciar la violación de los derechos humanos, para señalar a los sinvergüenzas con el dedo fiscalizador de la radio:

A usted le corresponde, ingeniero Iturralde. Resuelva de una vez por todas esta tortura de los apagones de luz.

Como malabaristas jugueteando con varias bolas de colores, así también aprenderemos a alternar estas cuatro formas de dirigirnos al público. Imprimiremos distintos ritmos a las frases. Y haremos más coloquial la comunicación.

Unidad 7.9: FRASES INGENIOSAS

¿En qué supermercado se compra el ingenio? ¿En qué farmacia se inyecta? No lo sé. Pero si aprende a aullar quien con lobos anda, pienso que aprenderá a hablar con gracia quien se junta con gente graciosa. Resignémonos: no nacimos genios. Está bien. Pero podemos alcanzar, con el tiempo y un ganchito, esa elocuencia de los pícaros, esa agudeza de los eternos conversadores, el don de la amenidad.

¿Qué es el ingenio? Decir con sal lo que otros dicen sin ella. Lo que le faltaba al insulso pretendiente de Roxana, deseosa de palabras adornadas. Y lo que le sobraba a Cyrano de Bergerac, su amor imposible, espadachín de brazos y lengua.

Los muros de nuestras ciudades son pizarrones donde los ingeniosos de todas las clases

sociales escriben sus ocurrencias.

Me haré vegetariano
por el verde de tus ojos

Bienaventurados los borrachos
porque verán a Dios dos veces

Detrás de todo gran hombre
hay una mujer cansada

Intenté suicidarme...
¡y casi me mato!

Hágase pirata de citas célebres. Coleccione grafitis, dichos, frases humorísticas, con doble sentido, juegos de palabras, igual que aquél colecciona mariposas. Apúntelas en un cuadernito cuando va andando por la calle, al oírlas en una reunión, cuando las lee en un libro. Después, escribiendo un libreto o hablando ante el micrófono, estas frases responderán al llamado de la creatividad, acudirán a la memoria y embellecerán su lenguaje (¡y si no vienen, saque el cuadernito!).

Unidad 7.10: UN LENGUAJE INCLUSIVO

El lenguaje, ya sabemos, refleja los juicios y prejuicios de la sociedad. El idioma español, como el portugués y tantos otros, es insoportablemente sexista, es decir, emplea términos del género masculino para referirse tanto a varones como a mujeres.

—¡*Exageraciones*! —se suele escuchar con demasiada frecuencia en los talleres de capacitación radiofónica—. *Cuando dices hombres ya estás incluyendo a las mujeres.*

—¿Y por qué no lo hacemos al revés? Como la mayoría gana, y como las mujeres son mayoría en todos los países del mundo, de ahora en adelante cuando digamos mujeres incluimos a los hombres. ¿Están de acuerdo?

Y ves los ceños fruncidos de los varones, que han sido anestesiados por una cultura patriarcal, impuesta desde hace nueve o diez milenios, cuando se inventó la agricultura.

¿Cómo superar el lenguaje sexista? Últimamente, se ha puesto de moda el uso de la arroba: *amig@s, niñ@s y bienvenid@s*. Y también la equis: *amigxs, niñxs, y bienvenidxs.* El problema de estas grafías @ y x, que buscan dar un tratamiento igualitario a mujeres y hombres, es que son impronunciables. A locutoras y locutores no les sirve de mucho.

Veamos, entonces, algunas sugerencias concretas para democratizar nuestro lenguaje y hacerlo inclusivo.

* EXPLICITAR EL DOBLE SUJETO DE UNA ACCIÓN:

Generalmente, solemos decir:

Los ciudadanos tienen derecho a votar.

Lo correcto es:

Las ciudadanas y los ciudadanos tienen derecho a votar.

Algunos colegas, en un afán más propio del telégrafo que de la buena comunicación, ahorran sustantivos y dejan los artículos descoyuntados:

Las y los ciudadanos tienen derecho a votar.

Esta alternativa es la peor. Además de sonar horrible, no consigue el objetivo de dar visibilidad a ambos géneros. Gasta una gota más de saliva, que nada te cuesta, y deja cada artículo con su sujeto. O con su sujeta.

* BUSCAR SUJETOS QUE ABARQUEN A AMBOS GÉNEROS:

Podemos decir *personas* para referirnos a *mujeres* y a *hombres*. En el ejemplo anterior, podríamos perfectamente haber dicho:

Las personas tienen derecho a votar.

También podemos hablar de la *juventud* englobando a jóvenes de ambos sexos. O de *clase trabajadora* para abarcar a obreras y obreros.

* FEMINIZAR LAS PALABRAS SECUESTRADAS POR LOS HOMBRES:

Como las mujeres fueron excluidas de las universidades, no había *médicas* ni *abogadas*. Como el juramento de una mujer no tenía valor en los juicios, no existían *testigas*. Y como los poderes públicos estaban controlados por los señores, tampoco se podían encontrar *juezas, ministras* o *presidentas*.

El empoderamiento femenino ha dado ya buenos resultados. A nadie le extraña saludar a una *ingeniera* o pedir cita con una *concejala*. Llegará el día cuando saludemos a la *sacerdota* del barrio o le pidamos la bendición a una *papisa* en Roma.

* EQUILIBRAR LOS EJEMPLOS CON QUE HABLAMOS:

Supongamos este párrafo:

Un buen reportero confirma los datos. Un buen periodista recurre a la otra versión. Y un buen locutor no exagera la noticia.

Para equilibrar la balanza, podemos decir:

Un buen reportero confirma los datos. Una buena periodista recurre a la otra versión. Y un buen locutor no exagera la noticia.

O si preferimos, *reportera, periodista* y *locutora*. En cualquier caso, se gana por ética y por estética.

* EVITAR LOS SALTOS SEMÁNTICOS:

Dichos saltos consisten en poner a los varones como protagonistas de los hechos y a las mujeres en calidad de acompañantes. Como subordinadas.

Asistieron muchísimos aficionados y también muchas mujeres.

¿Las mujeres no son también hinchas deportivas? Lo correcto es decir:

Asistieron muchísimos aficionados y aficionadas.

Fíjese ahora en este salto, que va con pértiga:

Todo el pueblo bajó hacia el río. Se quedaron solamente las mujeres y los niños.

¿Cómo? ¿Las mujeres no forman parte del pueblo? ¿Qué son, floreros? Y de paso, ¿dónde quedaron las niñas?

* EVITAR COMPARACIONES ODIOSAS:

Como el referente de la valentía es el varón, la mujer que quiera conquistar esa virtud tendrá que disfrazarse del otro sexo.

Esa mujer tiene bien puestos los pantalones.

El refranero está repleto de estas frases discriminatorias. También el cancionero y el romancero y el noticiero.

Las sugerencias indicadas no buscan esclavizar el lenguaje, sino liberarlo. Cometeríamos un error si, por la conocida ley del péndulo, entramos ahora en una psicosis y comenzamos a desdoblar todos los sujetos gramaticales, metiendo vocablos femeninos por activa, pasiva y perifrástica. No, nada de eso. Se trata de dar visibilidad lingüística a la mitad de la población. Con un poco de conciencia y de paciencia lo lograremos.

Práctica 21: ¿ERES SEXISTA LINGÜÍSTICO?

Revisa tu forma de hablar, en cabina y fuera de cabina. Revisa tu forma de escribir para la radio y para cualquier ocasión. ¿Tienes un lenguaje siempre masculino? ¿Cómo puedes ir incorporando las sugerencias mencionadas para ir logrando un lenguaje más inclusivo?

CAPÍTULO 8: TU PROPIO ESTILO (1)

En esta unidad vamos a repasar algunos tipos de locutores y locutoras que aparecen (con bastante frecuencia) en nuestras emisoras. Esperamos que no te parezcas a ninguno.

Unidad 8.1: LOS NARCISOS

Son los de la manito en la oreja. Con ella forman una especie de auricular natural y así pueden escucharse permanentemente. No le están hablando a nadie sino escuchándose ellos mismos. Se están recreando, como el Narciso de la leyenda, en el espejo de su voz.

Tan embelesados quedan con los hermosos sonidos de sus cuerdas vocales que, a veces, ni saben lo que están diciendo o leyendo. Su especialidad es engolar la voz, sacar una "voz de sótano" tan profunda como fingida.

ESCUCHA A UN LOCUTOR NARCISO

No satisfechos con las vibraciones de su voz, estos vanidosos se ponen un poco de reber, unos puntos de brillo, para que resuene aún más. Olvidan que la naturalidad es la regla de oro de toda buena locución.

Olvidan también a la audiencia. Se dirigen a ella en tercera persona. No le están hablando a nadie. No se están comunicando con nadie.

ESCUCHA A UN LOCUTOR NARCISO

Narcisos y Narcisas se identifican a toda hora. También graban spots con sus nombres. Se felicitan a sí mismos y a su espléndido programa, se piropean, se echan flores, leen al aire los elogios que les escriben sus admiradores… Se creen lo máximo, la última chupada del mango.

> *No andes repitiendo y repitiendo tu nombre. Suena a pedantería. Identifícate a la entrada y salida del turno. O en los cambios de programa dentro del mismo turno. Ya la gente sabe quién eres. Y te aprecia precisamente por tu sencillez.*

Por supuesto, estos presumidos no aceptan críticas. Ahora mismo, cuando están leyendo esta unidad, se sonríen con un tonito burlón. El asunto no es con ellos. Ellos nunca son como los otros les dicen que son. Se sienten superiores al resto de sus compañeros de la radio. Y están convencidos que nada tienen que aprender.

Esta raza de locutores y locutoras debería recordar lo que le pasó a Narciso: de tanto mirarse, se enamoró de sí mismo y se ahogó intentando besar su propio rostro reflejado en el agua.

Unidad 8.2: LOS ELECTRICOS

Aquí están las locutoras y locutores nerviosos, ansiosas, alterados, que hablan atropelladamente, casi gritan, parece que están pregonando frutas en el mercado. Cuando leen no respetan puntos ni comas y no hacen pausas ni para tomar resuello.

Sudan los papeles y acaban el turno agotados.

ESCUCHA A UNA LOCUTORA ELÉCTRICA

La mayoría de estas eléctricas y eléctricos lo son por inseguridad, por baja autoestima. Tal vez, cuando entraron a trabajar, los locutores más veteranos se burlaron de ellos. En vez de animar a la principiante se rieron de su voz. Le dijeron que no era radiofónica. Y la principiante se acomplejó. Ahora trata de compensar sus nervios con un falso dinamismo, como si tuviera electricidad en el cuerpo. Cuando si hubiera fuego en la cabina.

Lo primero es perderle el miedo al micrófono. El remedio contra ese miedo es lanzarse a hablar. A nadar se aprende nadando y a locutar locutando. Olvídate de los nervios y acuérdate que nadie nace sabiendo. Todo es cuestión de práctica. En fin, recuerda siempre que los nervios se parecen a esos perritos que ladran pero no muerden. ¡Ríete de ellos y concéntrate en tu trabajo!

Esta clase de locutoras y locutores son los campeones de las muletillas. Repiten y repiten una palabra (¡o más de una!) por pura inseguridad.

ESCUCHA A UNA LOCUTORA ELÉCTRICA

Esta es una de las muletillas clásicas de los locutores: *así es*. La repiten después de todas las respuesta de un entrevistado, después de cualquier opinión, hasta después de los comerciales. Y si están en pareja animando un espacio, uno confirma a la otra (así es) y la otra confirma al uno (así es). ¡Pero así no es! No hay que andar calificando lo que el otro dice u opina.

Unidad 8.3: LAS COTORRAS

Hay una población en África donde los oradores están obligados a hablar sobre un solo pie. Cuando pierden el equilibrio tienen que sentarse. De esta manera, los vecinos aseguran que hablarán poco, lo necesario solamente. A unos cuantos locutores y locutoras, charlatanes empedernidos, habría que mandarlos una temporadita por allá.

ESCUCHA A UNA LOCUTORA COTORRA

Hablan mucho pero no dicen nada. Cuando improvisan, se enredan en un palabrerío incoherente. Comienzan un párrafo y no saben cómo acabarlo.

Si presentan un disco, hablan sobre la música, machacan la letra, silban junto al intérprete y sólo consiguen molestar a los oyentes. Si entrevistan a alguien, hablan más que el entrevistado. Hacen preguntas confusas, enredadas, interminables.

Un buen disc jockey sabe que no es él, sino la música la protagonista del programa. Que el éxito depende de la variedad de los discos más que de sus breves intervenciones. Si se trata de una revista de contenidos, dependerá de la actualidad y el interés de los mismos más que del blablablá de quien conduce el programa.

Estas cotorras son expertas en los rodeos para decir las cosas, prologarse, anunciar lo que van a hacer, decir lo que van a decir...

ESCUCHA A UNA LOCUTOR COTORRA

Mucho ruido y pocas nueces. Pregúntales a estos palabreros qué libros han leído en este mes, en este año, en esta década… y se quedarán mudos. Tal vez no han abierto ni el periódico. ¿Qué pueden comunicar si tienen la cabeza hueca?

Lee sobre la historia de tu país y de América Latina, lee sobre economía y política, lee novelas y cuentos, lee de ciencia y de técnica, lee poesía, lee todo lo que caiga en tus manos y todo lo que encuentres en Internet.

Unidad 8.4: LOS DON JUANES

Nos topamos ahora con una de las especies más abundantes en la fauna locutoril: los donjuanes, los irresistibles. Mejor dicho los que se creen irresistibles.

ESCUCHA A UN LOCUTOR DON JUAN

A estos nenes se les ve con un peine en una mano y el teléfono en la otra. Siempre están recibiendo llamadas de sus admiradoras. En realidad, es media docena de quinceañeras que no tienen oficio y quedan fascinadas por la voz melosa de estos zánganos.

Para hacerse los simpáticos, necesitan echar mano a dobles sentidos, insinuaciones de mal gusto y risas que suenan falsas. Para dárselas de poetas, usan palabras cursis. Para parecer seductores, se acercan al micro y hablan a media voz, como si estuvieran en la cama con sus oyentes.

No seas come-micro. Una cuarta es buena distancia. Y habla con tu voz normal, que no hay ningún enfermo en cabina para andar susurrando.

La locución donjuanesca también se da entre las mujeres. Son las voces sensuales, castigadoras, las que confunden la radio con un teléfono al aire libre. Por eso, siempre usan el singular, el tú a tú, el tono confidencial.

ESCUCHA A UNA LOCUTORA DON JUAN

¿Qué hacer con los donjuanes y con las vampiresas? ¿Mandarlos a un taller de género? ¿Servirá para algo? Tal vez sí. Otra posibilidad sería hacerles pisar el palito. Que una "admiradora" lo llame y, en medio de la coquetería, le cante aquello de Lupita: *Es un gran necio, un estupido engreido, egoista y caprichoso, un payaso vanidoso, inconsciente y presumido…*

Unidad 8.5: LOS SIEMPRE-LO-MISMO

La rutina mata el gusto en la comida y mata el amor en el matrimonio. La rutina liquida también la audiencia de un programa. Nada peor que una locutora o un locutor aburrido que pone siempre los mismos discos y los presenta siempre de la misma manera.

ESCUCHA A UNA LOCUTORA SIEMPRE-LO-MISMO

Prepara tus presentaciones. Hazte una plantilla con modelos diferentes para presentar una canción. Así te irás acostumbrando a variar las palabras. Después irás ganando práctica y te será más fácil improvisar.

Estos siempre-lo-mismo suelen confundir su vida personal y sus dramas sentimentales con la profesión. Si la enamorada los dejó, si suspendieron una materia, si anoche no durmieron bien… se deprimen y transmiten esa depresión por la radio.

Desánimos pá fuera. Entra a cabina con entusiasmo, con ganas de trabajar, como si fuera el primer día de la creación. Tus asuntos personales no le interesan a la audiencia.

Esta rutina de la voz se corrige con una buena modulación, como ya mencionamos antes. Y con gesticulación, hablando con todo el cuerpo. Las palabras saldrán con energía, con buena vibra. Nota la diferencia:

ESCUCHA A UNA LOCUTORA SIEMPRE-LO-MISMO

¿Te das cuenta? Con menos discos, la segunda animadora comunica más. En la vida real, todos modulamos mucho porque vemos la reacción de quienes nos escuchan. En radio, como sólo tenemos un cristal delante, adoptamos fácilmente un tono monótono, que hace dormir como el chaca chaca del tren.

No hay peor enfermedad para un locutor que la rutina. Porque la radio es sorpresa, variedad. Porque cada programa debe ser y sentirse como una aventura. A un locutor se le perdona todo menos el aburrimiento. A una locutora se le consiente todo menos la falta de creatividad. Mata la rutina antes que ella te mate a ti. Y a tu audiencia.

CAPÍTULO 9: TU PROPIO ESTILO (2)

En esta unidad seguimos repasando tipos de locutores y locutoras que no se parecen (estamos seguros) a ti. Pero, por si acaso...

Unidad 9.1: LOS AGRINGADOS

A estos broders les gusta todo lo que viene de afuera, especialmente de United States. Para ellos, ser joven es parecerse al último rockero del norte. Se aprendieron unas palabritas en inglés y ya se sienten *cool,* ya hablan de *fade in* y *feed back*, ya sólo quieren comer hamburguesas con mucha mayonesa.

Alienados y alienadas que se pasan el día chequeando emisoras gringas para copiar el estilo de aquellos DJ. Imitándolos, aprendieron a ser sensacionalistas para leer las noticias, gritones para presentar un disco, frívolas para un comentario político.

No invites a los agringados a un festival de música campesina. Eso no tiene *feeling.* Ni a una peña latinoamericana. Está *out.* Quieren algo más *heavy.* Quieren música en inglés. Música en inglés en la discoteca, en la casa y cuando van con su mp3 por la calle. Y en la emisora, *of course*, si les dejaran las manos libres, sólo lanzarían música en inglés.

ESCUCHA ESTE DIÁLOGO ENTRE UN AGRINGADO Y UNA LATINA

Los gustos musicales, como las modas, son fabricados por las empresas discográficas. Ellas imponen lo que es "moderno", lo que le tiene que gustar a la juventud. Ellas inventan los *hit parades* en sus agencias de publicidad. Ellas hunden o promocionan a un artista según las leyes del mercado. Ellas llaman "música internacional" a los discos que ellas venden.

Y con la música viene la lengua y las costumbres y la forma de ver el mundo y el "pensamiento único". Es decir, el pensamiento del imperio norteamericano.

Es, pues, un problema de soberanía musical. No se trata de eliminar la música en inglés de nuestra programación, sino de balancearla con otros ritmos. Que en nuestras radios se escuchen canciones en todos los idiomas, incluyendo las lenguas indígenas. Música de todos los continentes, incluyendo África. Discos prioritariamente nacionales y latinoamericanos, porque el desafío es afirmar nuestra identidad cultural.

> *¿Y qué hacemos con los locutores y locutoras agringados? Darles este sabio consejo: Los monos son los que imitan. Busca tu propio estilo, tu camino profesional. La mejor locutora, el mejor locutor, es quien se parece a sí mismo.*

Unidad 9.2: LAS CONSEJERAS

Algunas locutoras y locutores confunden cabina con aula. O con púlpito de parroquia. Quieren educar a tiempo y destiempo, dan lecciones, sermones, amonestaciones, y hasta regañan a la audiencia.

Estas consejeras tienen buenas intenciones, nadie lo niega. Y hasta buenas ideas. Pero se sienten superiores a sus oyentes. Sienten una responsabilidad (que nadie les ha dado) de

educarlos, de orientarlos. Es que la gente (piensan ellos) es inculta, atrasada, inmoral. Por supuesto, sus temas favoritos son los vicios que pervierten a nuestros jóvenes, la droga, la prostitución, el alcoholismo, el exhibicionismo…

ESCUCHA A UNA LOCUTORA CONSEJERA

Estos sujetos suelen llegar a las emisoras por dos caminos: las iglesias y el magisterio. Algunos parecen predicadores, monjitas dando catecismo. Otros, profesores de escuela corrigiendo a sus alumnos. Ambos resultan insoportablemente moralistas.

A estos consejeros, generalmente, sólo les gusta poner canciones con mensaje, discos que no contengan antivalores. El reguetón es una vulgaridad. Los vallenatos estimulan a la bebida. Los merengues tienen doble sentido. El hip hop nadie lo entiende…

> *Algunas canciones, desde luego, son de pésimo gusto, ofenden a la mujer, son homofóbicas, racistas. Son insultos cantados. No hay que censurarlas porque ellas mismas se excluyen. En una radio ciudadana no tienen cabida estas groserías.*
>
> *En cuanto a las canciones de mensaje y protesta, hay que aprovecharlas en la programación. Pero sin olvidar que, cuando pasamos música romántica o bullanguera, estamos cumpliendo una misión igualmente importante: entretener, alegrarle la vida a la gente, darle un respiro en medio de tantas dificultades.*

Volvamos a los consejeros. Estos locutores adoptan un tono paternalista o maternalista, sobreprotegiendo a sus oyentes. Explican diez veces las cosas evidentes porque sospechan que la gente no las entiende. Aprovechan cualquier pretexto para una nueva amonestación…

ESCUCHA A UNA LOCUTORA CONSEJERA

Por sus mismos prejuicios y temores, por su afán “educativo”, estos locutores se vuelven sosos, apagados, sin humor. No se ríen de nada y menos de ellos mismos. Se toman demasiado en serio y quizás sea ése su mayor defecto.

> *Nadie aguanta a una persona que esté dando consejos como abuelito cascarrabias. Por eso, cuando hables por radio, no te creas superior a la audiencia. Ubícate como un amigo, como una compañera, de igual a igual. Así lograrás una comunicación democrática.*

Unidad 9.3: LOS DESPELOTADOS

También conocido como el terror de la cabina, la destripadora de equipos, el asesino de CDs, la patas arriba, el anárquico, tormentos de la administración.

La especialidad de estos locos y locas es abandonar la cabina. Siempre tienen necesidad de salir a atender una visita, de fumarse un cigarrillo, de ir al baño, de volver al baño… y mientras tanto, el programa queda abandonado. Y ya no dejan baches, sino cráteres.

Cuando están en cabina, no se concentran. Están hablando por el celular y mandando un mensajito a la novia. Están hojeando una revista o pensando en la inmortalidad del

cangrejo. Si tienen una laptop , no buscan noticias, juegan al solitario. Obviamente, cuando abren el micrófono no tienen nada que decir…

ESCUCHA A UN LOCUTOR DESPELOTADO

El escritorio de los despelotados es un caos. Abres una gaveta y encuentras los periódicos del mes pasado, nunca leídos. Abres otra, y encuentras recibos sin pagar, galletas a medio comer, el último memo del director, un cepillo de dientes, tal vez hasta un calzoncillo o un sostén.

Los despelotados son los reyes y reinas de la improvisación. Entran a cabina con las manos vacías, sin ningún libreto, sin nada preparado. Ellos confían en su gran locuacidad. Ellas confían en que son muy graciosas y simpáticas.

ESCUCHA A UNA LOCUTORA DESPELOTADA

A estos sujetos no les importa llevar su pizza a cabina y ahí la andan mascando. Si el jefe se descuida, meten también trago y esconden la botella bajo la mesa. Algunos invitan a sus amiguitas y amiguitos, pero no para entrevistarlos, sino para conversar, perder tiempo y mostrarles lo chéveres que son.

Cuando acaban su turno, todo es un desorden. Los discos fuera de lugar, los cables sueltos, la compu bloqueada, los papeles en el piso y un cierto olor a zorrillo.

> *Necesitamos cabinas ecológicas, limpias, ordenadas y adornadas, donde nadie coma ni beba (salvo agua). Donde todo esté en su sitio y todo funcione. Cuando venga un entrevistado se sentirá bienvenido y a gusto. Y cuando llegue el siguiente colega a trabajar, sonreirá satisfecho y te dará las gracias. No olvides la consigna de la buena amistad locutoril: deja la cabina al salir como quisieras encontrarla al entrar.*

Unidad 9.4: LAS CULTAS

Nos enseñaron palabras difíciles en la escuela y más difícil en la universidad. Y nos convencieron de que quien dice *nalga* es un vulgar. Pero si decimos *glúteo* ya resulta más educado. Y si nos referimos al *derrière,* indudablemente ya saboreamos las mieles de la cultura.

Imitando a locutores comerciales o extranjeros estos “cultos” presentan los discos con palabras rebuscadas, hasta extravagantes. Y dan la hora diciendo *diez minutos completarán las 16 horas*. Y complacen a las *distinguidas damiselitas* y entrevistan al *burgomaestre.*

Lo importante es separarse del vocabulario de la gente de la calle. Es decir, de nuestro vocabulario, porque la mayoría de las locutoras y locutores vienen de sectores medios y populares. Pero algunos ya se avergüenzan de hablar como habla su mamá. Y cuando se ponen detrás del micrófono lo que más hacen es el ridículo.

ESCUCHA A UNA LOCUTORA DESPELOTADA

Con ese enredijo de expresiones, abusando de las jergas periodísticas, no se intenta otra

cosa que deslumbrar a los ingenuos. Pero la gente es pícara y descubre al baboso aunque parezca muy juicioso.

> *¿Quieres desnudar a estos pedantes? La mejor forma es aumentarles la dosis de su misma droga. Acércate a uno de ellos que ande preocupado y dile:*
>
> > *—Tranquilo, hermano. Recuerda que a perturbación climática, rostro jocundo.*
>
> *Como quedará desconcertado, le das una palmadita en el hombro y le dices:*
>
> > *—Ya sabes, vital líquido que no has de ingurgitar, permítele que discurra por su cauce.*
>
> *Y cuando pase una presumida con la nariz alzada le comentas:*
>
> > *—Por lo visto, cavidad gástrica satisfecha, víscera cardiaca eufórica.*

¿Qué hay detrás de ese palabrerío con que pretendemos adornar nuestra locución? La inflación de palabras suele estar en relación directa al vacío de las ideas. Como dicen que dijo el ilustre Sigmund Freud, algunos oradores cumplen esta consigna:

> *Ya que no somos profundos… ¡al menos seamos oscuros!*

Tenemos que cambiar de mentalidad y redescubrir la verdadera fuerza de la cultura popular. Para el locutor profesional, para la inteligente locutora, lo más elegante no será lo más raro, sino lo más sencillo. Y la palabra más culta será aquella que más gente entienda. Y el piropo mejor que escuchemos será cuando digan de nosotros: *Habla como su pueblo.*

Unidad 9.5: LOS MERCENARIOS

Hay quien hace la guerra o el amor por dinero. Y hay también quien locuta por dinero. Acerquémonos ahora a esta clase de colegas.

Ya sabemos que nadie trabaja por amor al arte y que con la mística no se hace sopa. Locutores y locutoras, como cualquier obrero, viven de su trabajo. Y deben ser justamente remunerados por ello.

Repetimos: justamente. Porque en algunas emisoras, con el cuento de que están aprendiendo o de que son militantes voluntarios, no les dan ni para cubrir el pasaje. Eso tiene otro nombre: explotación.

De acuerdo, vivimos de nuestro trabajo y necesitamos tener un buen ingreso para alcanzar una buena calidad de vida. Eso está estupendo. Pero otra cosa es trabajar sin amor al trabajo.

Curiosamente, los mercenarios no suelen ser los peor pagados en la emisora, sino los que reciben los mejores salarios. Los que no tendrían de qué quejarse son los que se quejan más.

Y con mucha frecuencia, quienes ganan menos son los que cumplen con mayor

responsabilidad y aguantan horas extras.

A los mercenarios se les conoce por la hora. Siempre llegan tarde a su trabajo. No les falta una excusa para la demora. El transporte estaba difícil, tuve una reunión de urgencia, se me murió el abuelito. ¿Cuántos abuelos tendrán, porque cada mes se les muere uno?

Los últimos en llegar pero los primeros en salir. Terminado el turno, no pueden quedarse un minuto más porque tienen otra reunión de urgencia… o van al velorio del abuelito.
Los mercenarios y mercenarias nunca tienen tiempo para colaborar en nada de la emisora…

ESCUCHA A UN LOCUTOR MERCENARIO

Esa es la única pregunta que les interesa: ¿cuánto hay? Están metalizados. Tienen dólares en los ojos. Si una emisora farandulera les ofrece un poco más, allá van. Si un político corrupto les paga por grabar mentiras, allá van. Para estos mercenarios del micrófono, lo único que cuenta en la vida es el dinero.

En una emisora ciudadana no podemos trabajar con mercenarios ni mercenarias. Necesitamos militantes del micrófono. Necesitamos compañeros y compañeras con ilusión, con ganas de colaborar, de formar equipo, que no miren tanto el reloj. Colegas que no vengan a cumplir con un horario, sino a empeñarse en un servicio en favor de la comunidad.

CAPÍTULO 10: RADIALISTAS INTEGRALES

Unidad 10.1: LOCUTORES DE CINCO ESTRELLAS

Competir, triunfar profesionalmente, estar en los primeros lugares del rating… ¿quién no ambiciona esto? Un locutor o una locutora no se resignan con ser escuchados por un grupito ni una élite. Su meta es la gran audiencia. El problema es que la popularidad no se decreta: ¡se conquista!

¿Cómo conquistarla? Lo primero, no imitando a nadie. Hay quienes malgastan su vida locutoril remedando ídolos, deslumbrados por los que ellos consideran estrellas del micrófono. ¿Lo serán tanto? En todo caso, deja a los monitos en la selva y busca tu estilo propio. No te sientas superior a ningún colega, pero tampoco inferior. Desarrolla tu personalidad. Apóyate en ti. Atrévete a ser diferente.

El estilo propio es una combinación armoniosa de las cualidades que cada quien tiene. Se consigue aprovechando al máximo sus *aptitudes:* voz, talento, temperamento, formación… Lo decisivo, sin embargo, es la *actitud* con que el locutor o la locutora se relacionan con su audiencia: ¿calidez?, ¿pedantería?, ¿desgano?, ¿entusiasmo?

La base para establecer una buena comunicación son las ganas de comunicarse. Porque ser locutor no es tener linda voz, ni siquiera tenerla educada. Ser locutor es sentir una pasión por dirigirse a los oyentes, por dialogar con ellos y ellas. Una pasión de hablar. Y una pasión aún mayor de escuchar. Antes que emisores, somos receptores. Y nuestro primer deber (es decir, primer placer) será siempre atender a los demás y aprender de ellos. Locutor y locutora se escribe con prefijo: interlocutor, interlocutora.

Alguien pensaría que la popularidad de un locutor se consigue, como el título de su oficio indica, hablando. Aquí ocurre, sin embargo, lo que en las relaciones interpersonales. ¿Qué amigo nos cae mejor? ¿Quien habla más? ¿O quien nos escucha más? Todo buen conversador sabe que lo más interesante para la gente es la gente misma. Por eso, si quieres ganar muchos amigos y amigas (en la vida, en la radio o en el ciberespacio) comienza interesándote por el otro, escuchando más que hablando.

¿Quieres ser el locutor más exitoso? Conoce a su público. ¿A qué hora se levantan las amas de casa, con qué música de fondo estudian los chicos, con qué velocidad de locución prefieren oír las noticias los vecinos? Aprende sus rutinas, sus horarios, el trasiego de su jornada. Y acompaña esa jornada desde la cabina de locución. No es lo mismo abrir un micrófono de mañana que a medianoche. Un joven tiene una actitud de escucha muy diferente si es lunes o si es sábado. El reloj y el almanaque marcan el paso. Se trata de hacer bailar la programación al ritmo de la vida cotidiana.

¿Quieres ser la locutora más popular, el locutor más exitoso? Entrégate a tu público, siéntelo como amigos y amigas, presiéntelo como familia, haz tuyos los gustos y los intereses de las mayorías. Cuando un locutor se identifica con los oyentes, los oyentes se identifican con él. Cuando una locutora va al encuentro de la gente, su palabra se multiplica, germina.

Así son los locutores y locutoras de cinco estrellas. Así eres tú, estamos seguros.

Práctica 22: UNA MUESTRA DE TU LOCUCIÓN

Estamos llegando al final de nuestro curso. Esperamos que te haya sido de utilidad.

Aunque no hemos podido darte una atención muy personalizada, ahora te invitamos a que nos envíes una muestra de tu locución. Escoge el texto que quieras. O improvisa un par de minutos. Cuando lo tengas grabado abre una cuenta en Radioteca.net y sube el audio comprimido en ogg o mp3.

Luego, envía el enlace de la producción al correo del tutor del curso. (NO ENVIAR AUDIOS AL CORREO, SÓLO EL ENLACE DEL AUDIO SUBIDO A RADIOTECA)

ignacio@radialistas.net

Lo antes posible te responderemos y te enviaremos la certificación de haber completado este curso de locución.

Unidad 10.2: RADIALISTAS INTEGRALES

Hay locutores y locutoras… ¡que sólo saben locutar!

No les hables de manejar la consola ni ajustar los micrófonos. Eso lo hace el técnico. Ellos se sientan al otro lado del vidrio a esperar que se encienda el bombillito rojo de EN EL AIRE.

Tampoco les pidas que redacten un libreto o piensen el tema de un comentario. Eso corresponde al departamento de producción. Ellos esperan, tranquilamente, a recibir el texto que deberán leer cuando la señal lo indique.

Ni hablar de pautar los discos que sonarán en su programa. De eso se ocupa el software que automatiza la música. Ellos sólo tienen que anunciar el tema y el intérprete cuando corresponda.

¿Salir a la calle a hacer entrevistas? No tienen tiempo. ¿Participar en una radionovela? No tienen ganas. ¿Grabar una cuñita para el Día de las Madres? No tienen madre.

Pero un buen locutor, una buena locutora, no se conforma con serlo. Por supuesto, hay programas complicados, con muchos recursos, en que la división entre locutor y operador se justifica plenamente. Pero en otros no. En muchos espacios musicales sencillos los animadores se estimularían manejando directamente los equipos o programando los discos. Con la planificación y los guiones del programa pasa otro tanto. Es necesario que locutores y locutoras se integren al equipo de producción, que no queden reducidos a una máquina de palabras.

Hoy en día, la comunicación se ha vuelto multimedial. Por lo tanto, los comunicadores y comunicadoras también deben multimedializarse. Es decir, aprender un poco de todo lo

que ocurre en una emisora. Incluso en otros medios audiovisuales.

Un médico se especializa en el corazón después de conocer la medicina general. De igual manera, un locutor o una locutora pueden haber conseguido más destrezas en un campo o en otro, pero siempre se puede contar con ellos para…

- preparar libretos
- editar digitalmente
- manejar la consola
- programar música
- salir a la calle a hacer entrevistas
- moderar debates
- conducir una revista
- actuar en radioteatros
- narrar cuentos
- redactar noticias
- animar festivales
- transmitir un partido
- grabar cuñas

… para participar en todos los formatos y en todos los desafíos tecnológicos que la radio moderna necesita. Radialistas integrales.

Integrales e integrados en sus equipos de trabajo. ¿De qué serviría un programa excelente si la programación en su totalidad está floja? Digamos que sus majestades, el locutor y la locutora, no tienen corona propia. La comparten con todos sus compañeros y compañeras que logran sacar adelante, día a día, los mil y un detalles que componen el quehacer radiofónico. Con un grupo de colegas que han aprendido a planificar, a producir, a evaluar, a capacitarse… y a divertirse juntos también. ¡Salud!